
STAR
RELATOS
2003
ALBERTO LÓPEZ
WARS

Relatos de fan fiction por Alberto López

- El traje de Lord Vader
- Secuestro libertador
- ¡Menudo invento!
- La fiesta de Bakura
- El sustituto de Darth Vader
- Sensaciones
- La carrera más corta de Shuz Smmot
- Cómo ser un buen senador
- ¿Qué será la paz?
- Odio a Han Solo
- Cocina Tatooine: Los mejores platos
- ¿Así es como lo haces?
- Gracias a mí
- Un absurdo
- La traición de Syfo-Dyas
- No me gusta hablar del pasado
- Estoy preparado para afrontar las pruebas
- Siempre rítmica, siempre lenta, siempre aterradora
- El sacrificio de los Lars
- Coincidencias



Relatos 2003

Alberto López



Autor: Alberto López

Publicación del original: 2003

 Estas historias son fan fiction, no forman parte oficial de la continuidad

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

13.04.16

Base LSW v2.21

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

EL TRAJE DE LORD VADER

Tuve suerte aquel día. Después de largas semanas de duro trabajo, logré concluir a tiempo lo que sería la más temida vestimenta de la galaxia: la coraza de Darth Vader. Sólo me faltaba mostrar el imponente a la par que operativo resultado al Emperador Palpatine, así como esperaba obtener una respuesta positiva del enmascarado Sith.

—«He aquí el traje acabado, mi señor».

—«Casi no llegas a tiempo, Balkmir. Unas horas más habrían bastado para que hubiera ordenado tu ejecución. Aunque aún existen posibilidades de que lo haga si es que tu creación posee algún defecto».

—«No se preocupe, mi señor, mi tardanza se ha debido, en gran parte, a la comprobación de cada una de las piezas y puedo asegurarle de que todos los mecanismos funcionan correctamente».

—«Veámoslo», dijo el Emperador mientras se levantaba de su trono y comenzaba a caminar hacia su irreconocible siervo, aquel que, según me habían dicho, había sido considerado el Elegido y que ahora ostentaba el título de Lord Oscuro del Sith.

—«¿Cómo te encuentras, viejo amigo?».

Del casco de Vader sólo se oía como respuesta su peculiarmente ruidosa respiración. El sudor del pánico no tardó en empapar mi frente: me temía lo peor. Debía haberse estropeado algún mecanismo del proyector de voz.

—«Muy débil, pero cómodo en mi nuevo traje, mi señor».

Fue todo un alivio escuchar aquella escueta contestación. De momento, parecía que iba a conservar la vida.

—«Me alegro. ¿Quieres alguna otra modificación?».

Aquel fue otro mal momento. Mi interior sufría con tan sólo pensar en un «sí» como respuesta. No quería volver a arriesgar mi vida trabajando para aquellos diablos.

—«No, mi señor, me quedo conforme con este resultado. Creo que ya hemos hecho las modificaciones necesarias. Ah, y por cierto, me gustó mucho su idea de las botas desgarradoras, Balkmir. Seguramente me serán de gran utilidad cuando pisotee al gran Maestro Yoda».

Surgieron entonces unas escandalosas y aterradoras carcajadas a las que no me quedó otro remedio que seguir, no vaya a ser que les molestara y me mandaran al otro mundo mediante el triturador de basuras. Y es que no le encontré realmente la gracia a la frase, puesto que desconocía quién era el mencionado profesor. Intuí que se trataría de alguien de baja estatura, pero nada más.

—«Bien, Balkmir, has hecho un trabajo excepcional. Ahora, tal y como te había prometido, liberaré a tu familia y a las de tus empleados, además de que te ingresaré la generosa cantidad, por supuesto».

—«Muchísimas gracias, mi señor».

En efecto, sigo creyendo que tuve suerte aquel día. Ninguna pieza falló, Vader estaba a gusto con su traje y el Emperador cumplió su promesa, lo que, según los rumores, no era nada habitual.

Así que me fui lleno de júbilo a mi casa con unas ansias terribles de volver a ver a mi familia y reestablecer mi vida tal y como estaba antes de trabajar para el Imperio, aunque con una cuenta bancaria mucho más abultada, eso sí.

Lo único que no me dejaba tranquilo después de todo lo ocurrido era un pensamiento que durante mucho tiempo lleva produciéndome escalofríos y pesadillas varias: ¿me volvería a ver en la misma situación una vez que Lord Vader necesitara un traje más amplio?

SECUESTRO LIBERTADOR

Había oído hablar de aquellos escáneres. Eran capaces de detectar cualquier tipo de artefacto explosivo, desde detonadores thermales hasta chips bomba. Justo lo que necesitaba para recuperar mi libertad. El problema era cómo conseguirlos en un planeta tan pobre como Tatooine.

Afortunadamente, la solución no tardó en presentarse ante mí.

«Ponme un yuiw bien fresquito, chico».

No había que ser muy culto para saber que aquel toong vestía como un artificiero, pero, por asegurarme, se lo pregunté.

«Así es, chico. Me dedico a localizar y desactivar todo tipo de explosivos. Pero, aunque parezca increíble, también soy piloto de carrera de vainas, y por eso estoy aquí. Compito mañana en la Clásica de Boonta Eve».

«Increíble, señor. ¿Y es bueno?». Le di conversación. Tenía que hacerme el interesante para poder pedirle después un pequeño favor.

«Bueno, chaval, me tengo que ir. Mañana será un gran día. Espero que vayas a verme».

«Por supuesto, sr. Quadinaros. Allí estaré. Pero, antes de que se vaya, me gustaría pedirle un pequeño favor».

En ese momento se me alteró el pulso sanguíneo de una forma que nunca antes había sentido. Una oportunidad como aquella quizás no se volvería a presentarse en mucho, mucho tiempo.

«Lo siento, chico. Si desactivara tu artefacto, en seguida tendría problemas con tu dueño. Además, los demás esclavos de este pueblo se enterarían y todos vendrían a mí pidiendo que les liberara. Nada de eso. No quiero más líos de los que ya tengo. Lo siento».

No podía ser verdad. No me creía que me hubiera rechazado. Después de haber estado conversando con él casi dos horas, esperaba haber conseguido el nivel necesario de confianza y amistad como para que me ayudara. Pero, también es cierto, tenía razón. Si se involucrara en mi liberación, todo sería problemas para él. Mi propietario emprendería su búsqueda y los demás esclavos de la zona pronto irían a pedirle el mismo favor.

Pero entonces se me ocurrió una idea de cómo lograrlo. Era un tanto arriesgada, eso sí, pero creo que si la llevaba a cabo sin demasiados errores, conseguiría mi ansiado objetivo.

Así pues, esperé al día siguiente para robar una moto speeder minutos antes de que diera comienzo la carrera de vainas. A la velocidad a la que iba este modelo en concreto, llegaría justo a tiempo, siempre y cuando no tuviera problemas por el camino.

Por fortuna, no tuve que esquivar muchos transeúntes ni criaturas de carga, por lo que en seguida me encontré frente al estadio. Le rodeé y me dispuse a entrar en la parrilla de salida, donde ya se encontraban calentando motores la docena y media de participantes.

Entre ellos, localicé rápidamente al artificiero. Me acerqué a su vehículo y salté sobre él con mi vibracuchillo encendido.

El numeroso público de las gradas no dejaba de sorprenderse ante el inesperado evento: un motorista había irrumpido en el circuito y se hallaba amenazando a un piloto con un vibracuchillo situado cerca de su garganta. Sin duda, era algo nada habitual. Quizás no había ocurrido nunca porque, claro, el competidor podría acelerar su vehículo y dejar atrás a su secuestrador. Pero me encargué de que al sr. Quadinaros no se le ocurriese tal acción.

«Si me distancias de mi dueño más de un kilómetro, explotaré contigo».

Esto no era cierto para nada. En realidad, un esclavo sólo podía ser detonado si el propietario pulsaba un botón. La distancia no tenía nada que ver. Pero el asustado piloto se lo creyó, así que le hice bajarse de su vaina para que se montara en mi moto speeder. Y todo esto con el vibracuchillo bien cerca de su cuello, no vaya a ser que se atreviera a librarse de mí.

Cómo me gustaba provocar aquella expectación ante los más de cien mil espectadores. Y mucho más el ser inmune ante las autoridades del lugar. Ya saben, si se acercan demasiado, podía acabar con una vida.

Pero mi objetivo no era acabar con la vida de aquel toong sino con la mía. Quería volver a ser libre, como cuando tenía 8 años, antes de que unos piratas me secuestraran junto a mi familia. Además, por cierto, quería volver a ver a mis padres, que habían sido vendidos a un dueño diferente al mío. La única pista que tenía sobre su paradero era que estaban en la parte norte del Mar de Dunas, un lugar plagado de pequeñas poblaciones, de modo que no me resultaría nada sencillo localizarles.

Pero esa búsqueda comenzaría más tarde. Primero tenía que obligar a mi rehén a que hallara mi explosivo y lo desactivara cuanto antes. Así que le llevé a su nave, estacionada en el puerto espacial, donde, según decía, tenía todas las herramientas necesarias.

Todo fue muy bien… hasta que las autoridades hicieron acto de presencia. Rodearon la nave y bloquearon todas las salidas del puerto espacial. Afortunadamente, para entonces ya era libre: el artefacto, que estaba oculto en el hombro derecho, había sido desactivado mediante unas ondas emitidas por un dispositivo especial.

«Muchas gracias, sr. Quadinaros. Ahora, despegue».

Y así lo hizo. No le quedaba otro remedio, claro. De esta forma nos libramos de los agentes terrestres, pero ahora estaban los aéreos. Comenzó así una persecución por los cielos de Tatooine llena de fogonazos láser de la que también nos salvamos gracias a la utilización del hiperespacio: fue toda una suerte que aquella nave, en apariencia muy sencilla, dispusiera de un motor de hiperimpulsión.

Finalmente, aterrizamos en un planeta llamado Bakura, en el que dejé libre al toong, aunque, eso sí, habiéndome llevado primero unos cuantos créditos en el bolsillo con los que poder comprar una nave propia y regresar a Tatooine. «¿Para qué?», se preguntarán ustedes. Ya se lo dije antes: para encontrar a mi familia y comenzar una nueva vida en libertad.

¡MENUDO INVENTO!

Me encontraba yo conduciendo a mi rebaño de shakks hacia la cuadra cuando por el camino me topé con una especie de túnica marrón. La recogí para mirarla mejor y ver si era de algún amigo mío. No la había visto nunca y como no tenía ningún tipo de identificación, me la llevé conmigo a la granja junto a un cilindro metálico que había bajo ella.

Una vez allí, guardé a mis criaturitas y me senté en mi sofá con el extraño objeto en las manos tratando de averiguar qué era. Tenía dos botones únicamente y ningún tipo de pantalla. Así que pensé que se trataría de un dispositivo de alta tecnología que convendría inspeccionar más a fondo. Por ello, desenrosqué su parte inferior para tratar de ver sus componentes y demás mecanismos.

¡Era increíble la cantidad de piezas que había allí metidas! Hasta tal punto que sólo una podía diferenciarse de las demás con claridad: una especie de cristal verde, como si fuera un diamante kesseliano o algo así. El que había construido aquello, tenía que tener un pulso impresionante, pues todas las piezas tenían una colocación milimétrica. Ni siquiera uno de esos avanzados droides creo que fuera capaz de montar todo eso.

Como seguía sin tener ni la más remota idea de la utilidad de aquel peculiar aparato, me arriesgué a pulsar uno de sus dos botones (y digo «me arriesgué» porque bien podía ser la evolución de los detonadores thermales, por ejemplo, o cualquier otro tipo de peligrosa arma).

¡Menos mal que la encendí con el cilindro inclinado y con suficiente espacio por delante! Ante mis sorprendidos ojos, así como asustados, surgió un perfectamente recto fulgor verde, una especie de rayo láser que se mantenía en el aire mientras producía un singular zumbido.

Ahora sí que tenía curiosidad por saber para qué narices podría utilizarse aquel haz de luz. Lo primero que pensé y, de hecho, me fue muy útil, fue para alumbrarme cuando sacaba a mis shaaks a pastar por la noche. Era realmente espectacular el gran radio de iluminación que producía. Estaba casi convencido de que esa era su utilidad… hasta que, de tanto probar, día tras día, descubrí otros muchos usos.

Por ejemplo, me vino muy bien para cortar leña. La atravesaba sin problemas y sin que yo tuviera que ejercer esfuerzo alguno. ¡Qué comodidades debía tener el propietario! Debía tratarse de alguien con mucho dinero.

También me sirvió para combatir a los asquerosos mosquitos powols: en cuanto se acercaban un poco a su luz verde, quedaban achicharrados. Precisamente una noche, descubrí la función del segundo botón: calibraba la longitud del rayo. A partir de ese momento, le configuré para que siempre ofreciera la máxima largura.

Así pues, aquel invento mejoró mi calidad de vida en gran medida. Es más, desde entonces es el dispositivo que más utilizo. Me le llevo conmigo a todas partes, pues también podría servir como arma, aunque aún no lo he probado con tal fin…

LA FIESTA DE BAKURA

No me podía creer que aquella fuera la fiesta más importante de la capital de Bakura. Un planeta civilizado y tecnológicamente avanzado como aquel no podía tener como festejo anual aquella salvajada primitiva, violenta y mortal para la gran mayoría de los participantes. De ahí que, normalmente, apenas hubiera extranjeros en la arena. Sólo los bakuranos se atrevían a arriesgar sus vidas de esa manera con el único objetivo de honrar con su valentía a la diosa Safuruma. Y es que la fe en aquella deidad era el vínculo que unía a todos los residentes del planeta, lo cual era muy sorprendente: no era habitual que todo un mundo tuviera una única creencia. Casi todo lo que hacían durante sus vidas tenía su razón de ser en la religión.

La prueba iba a dar comienzo. Lo sabía porque en el folleto informativo para turistas como yo, el que dan al comprar la entrada de acceso a aquel enorme estadio, así lo decía: un «gong» advertía a los participantes de que, en cualquier momento a partir de entonces, los tricornios podían aparecer. Se trataba de unas feroces criaturas, similares a los reeks, habitualmente empleados en los circos geonosianos, pero carnívoros y mucho más agresivos.

En breves instantes, la puerta de duradero que les separaba de los corredores se abriría, con lo que la persecución podría empezar. Hasta entonces, ninguno de los 128 participantes podía mover los pies: era parte de la demostración de valor de la que les había hablado antes.

¡¡Qué terror y nerviosismo debían estar sintiendo en aquellos momentos!! Sólo con verles las caras me dolía el corazón. Todos miraban hacia la puerta sin pestañear, atentos y preparados para empezar a correr como nunca antes lo habían hecho, pues sus vidas dependían de ello.

Y entonces se oyó el silbido típico de los repulsares mientras elevaron la puerta en apenas una décima de segundo. Justo después surgieron de las sombras el cuarteto de tricornios avanzando a gran velocidad hacia sus numerosas presas, que ya corrían como tauntauns despavoridos ante la presencia de un wampa.

En seguida cayeron las primeras víctimas por culpa de un rodiano al que le debió dar un tirón muscular; o simplemente se tropezó, quién sabe. No pude verle muy bien entre tantas cabezas. Su caída propició la de una docena o más de corredores, que, aterrorizados, vieron cómo perdían la vida al ser pisoteados o corneados por las imponentes criaturas. Pero los tricornios ni tan siquiera se detuvieron a olisquear los pedazos de carne resultantes, sino que prosiguieron con la cacería, lo que me llevó a dilucidar que sabían lo que más tarde iba a ocurrir, es decir, debían ser los cuatro mismos ejemplares de ediciones anteriores del festejo.

Así que continuaron pisoteando, corneando e incluso mordiendo a los demás participantes, sin importarles si sus pieles se componían de escamas, plumas o pelo. Ya sobre la mitad del recorrido, que, para complicar aún más las cosas, tenía forma de espiral cuadrada, tan sólo quedaban unos veinte corredores en pie. Tras de sí había quedado un

incontable número de cuerpos despedazados y arroyos de sangre de diferentes colores. Todo un festín para los hambrientos tricornios, a los que, según tengo entendido, se les dejaba sin comer toda una semana para que el evento tuviera la espectacularidad habitual y necesaria para atraer a más turistas cada año. Y es que, si no, podría ocurrir que las criaturas se detuvieran para comer el primer pedazo de carne que se les pusiera por delante, con lo que la carrera ya no tendría gracia. Sin embargo, cuando tenían hambre, los tricornios no se quedaban conformes hasta que acababan con todas y cada una de sus huidizas y variopintas presas. Era un comportamiento ciertamente extraño e ilógico, pero así es la Naturaleza en ocasiones, ¿verdad?

La emoción del espectáculo llegaba a su punto álgido: la recta final, donde los escasos supervivientes, en estas ocasión, unos ocho, debían luchar entre ellos, pues sólo uno podía atravesar la llamada «puerta de la salvación», el que se convertiría en el ganador de la prueba. Una vez pasaba por el estrecho umbral, al que había que acceder de perfil, se cerraba hasta que se concluyera el desafío definitivamente. Ese momento llegaba o bien cuando todos los corredores perdían la vida o bien cuando lo hacían los tricornios… algo que nunca antes había ocurrido por una sencilla razón: los «finalistas» (por llamarles de algún modo) sólo disponían de vibracuchillos para lograrlo, un arma realmente insignificante para un animal de ese tamaño.

Así pues, un bothan entró y, por tanto, salvó su vida. El competidor más cercano, un devaroniano, se pegó tal batacazo contra la puerta que quedó inconsciente en el suelo, por lo que podía darse por muerto mucho antes que sus compañeros. Los demás participantes no tardaron en quitarle su vibracuchillo. Breves instantes después, llegaban al lugar los tricornios con su endiablada velocidad habitual.

Apenas 30 segundos tardaron las bestias en aplastar, despedazar y devorar a los siete cuerpos, a pesar de la resistencia que trataron de ofrecer. Pero, ¿qué posibilidades tenían de matar a una criatura tan enorme con un insignificante vibracuchillo? Y mucho menos 4, como era el caso.

El público de las gradas comenzó a aplaudir entonces al ganador, que en aquellos momentos, en los que los tricornios retrocedían el camino recorrido para continuar comiendo, era elevado por encima del laberíntico circuito mediante un rayo tractor. Poco después, era colocado sobre una especie de pedestal en el que fue galardonado con una medalla, una copa y un talón bancario cifrado en un millón de créditos.

Aunque en otro tipo de concursos era una cantidad muy impresionante, en aquel caso me pareció un premio totalmente ridículo en relación al riesgo que conllevaba la prueba: se apostaba nada menos que la vida.

Poco después, escuché las palabras del bothan por los altavoces del estadio. De todas ellas, las que más me sorprendieron y con las que reincido en el tema de la tremenda fe que tienen los bakuranos, fueron las siguientes:

«Para mí, lo más importante ha sido haber honrado a nuestra diosa».

EL SUSTITUTO DE DARTH VADER

Os he citado aquí, altos cargos del Imperio —comenzó a hablar el misterioso individuo ataviado con una coraza y un casco parecidos a los que llevaba en su día el imponente Lord Vader— para demostraros que soy tan poderoso como en su día lo fue Darth Vader e incluso el Emperador. He estudiado los poderes del Lado Oscuro de la Fuerza durante décadas, gracias a los antiquísimos pergaminos que descubrí en este templo sith, y os puedo asegurar que quedaréis impresionados ante mis habilidades. He aquí un ejemplo de lo que digo.

El llamado Lord Wonntous comenzó a elevar una estatua gigantesca con la figura de su metálica cabeza perfectamente tallada sobre la roca. A pesar de su gran tonelaje, el objeto pareció cobrar vida, despegándose del suelo y alcanzando unos cinco metros de altura. Una vez flotó unos segundos, el Sith la hizo descender con la misma suavidad y sencillez con que la había hecho subir.

—¿Eso es todo, Darth Nosequé? —preguntó incrédulo el general Asghnard, el único que no se había sorprendido.

—Sabía que esto no iba a ser suficiente para convenceros, así que les mostraré otro ejemplo.

El sith estiró su brazo derecho en dirección al general que había hablado y le apuntó con los dedos. Hizo después un leve movimiento con ellos y logró que el imperial comenzara a asfixiarse, tal y como tantas veces había hecho Vader cuando aún vivía.

—Nnnnggggg…

—¿Convencido ahora, general? —le preguntó Wonntous una vez le dejó libre de su estrangulamiento a distancia.

—Sí… claro… por supuesto, Wonntous —susurraba mientras recobraba el aliento perdido—. A partir de ahora, mis ejércitos estarán a su entera disposición.

Uno a uno, el resto de los imperiales declararon la misma intención, poniéndose al servicio del que consideraban ya el nuevo líder del esparcido Imperio.

Pero, entonces, antes de que el sith pudiera comenzar a dar sus primeras órdenes, un potente a la par que extraño ruido se oyó de repente. Procedía de la gran estatua del casco de Wonntous. Instantes más tarde, surgió una columna de humo de la parte trasera del pedestal de piedra en el que se hallaba. Los generales no tardaron en rodear el monumento y ver con sus asombrados ojos lo que allí había: un motor de elevación por repulsión de gran potencia, similar a los utilizados por la mayoría de las naves espaciales durante sus maniobras planetarias. Junto a él, se escondía un soldado imperial, quien, sin duda alguna, había hecho funcionar la máquina en perfecta coordinación con los movimientos de Wonntous durante su «demostración».

—¡¡Es un farsante!! —gritó el General Snotggol.

—¡¡Y el General Asghnard está compinchado con él!! —gritó otro.

Otro imperial pegó un tiro en la cabeza al soldado de asalto, aunque aseguraba no tener nada que ver con el timo.

Pero ni el supuesto Darth Wonntous ni su ayudante estaban ya en el interior del templo.

—¡¡Capitán Lobb!! —vociferó un general por su comlink—. ¡¡Ordene a sus tropas que persigan y liquiden a los timadores como sea!!

—Sí, señor.

Minutos después, los soldados imperiales alcanzaban al general Asghnard en una pierna poco antes de volarle la cabeza. Su compañero Wonntous, que le abandonó en la huída, moría poco más tarde al estallar su nave durante el inicio del despegue por la acción de un detonador thermal lanzado por uno de los soldados que le perseguían.

Y todo esto, amigos míos, sucedió porque el General Asghnard se ahorró unos cuantos créditos al comprar un motor de elevación por repulsión de segunda mano. Así que la decisión es vuestra: ¿queréis este motor nuevo de la prestigiosa marca «Sienar» o, por el contrario, preferís uno de segunda mano de los que venden en la chatarrería de al lado?

Los clientes no dudaron en comprarle el motor más caro de toda la tienda.

SENSACIONES

Maestro, he sentido una conmoción en la Fuerza. Como si… como si una llama de vida comenzara a apagarse. Una llama lejana… pero familiar a su vez. Algo terrible le ha ocurrido para que se debilite de tal forma. Es más, parece… que no vuelve a reavivarse.

—No sé, Anakin, yo no he sentido nada de eso. —Le decía un pensativo Obi-Wan, incapaz de conectar con las sensaciones de su padawan—. Sigue concentrándote en tus pensamientos. Puede que al final logres averiguar por ti mismo quién está sufriendo.

—Veo… veo arena, una cesta, setas cayendo de ella… No hay duda de quién es…

—¿Quién?

—Mi madre, Maestro, es mi madre. ¡¡Creo que está siendo secuestrada por moradores de las arenas!! ¡¡Y está sola, no hay nadie que pueda ayudarla!! ¡¡Nooo, nooooo!!

—¡¡Tranquilo, Anakin, tranquilo!! Puede que te estés confundiendo con otra persona.

—Imposible, sé que es mi madre. Es como si oyera su aterrorizada voz pidiendo auxilio. Ahora pide clemencia, piedad… ¡¡Pero esos salvajes tusken no conocen esas palabras, Maestro!! ¡¡Son como animales!! ¡¡Peor aún, son como monstruos!!

—¡¡Anakin, cálmate ya!! Por mucho que grites no lograrás cambiar los hechos. Es más, probablemente todo lo que me estás contando ya ha ocurrido.

—¿Y cómo sabes que esta pesadilla no pertenece al futuro, Maestro?

—Muy sencillo, mi jovencísimo aprendiz: las conmociones nos provocan sensaciones únicamente después de haber sucedido. Creí que esa lección la dominabas, Anakin, pero veo que no es así.

—Lo siento, Maestro. Tienes toda la razón. No comprendo cómo no he podido verlo. Esta tragedia ya ha sucedido.

—Y, por lo tanto, ya no puedes hacer nada para arreglarlo, así que olvídalo y concéntrate en lo que estábamos haciendo, si es que te acuerdas de lo que era.

—Pero, Maestro, creo que deberíamos ir a rescatarla. Aún podemos salvar su vida y…

—¿Y acabar con esas bestias, mi joven padawan?

—No… no, Maestro, jamás he querido decir eso.

—Pues yo pienso que sí. Ten mucho cuidado con sus pensamientos, Anakin, podrían traicionarte. Nunca dejes de lado tu sabiduría: sabes perfectamente que la venganza conduce al odio.

—Sí, Maestro, lo sé, pero en este caso…

—No hay excepciones, Anakin. Recuerda que eres un Jedi. Eso te conduciría por el mal camino.

—Lo siento, Maestro, me he dejado llevar por mi ira. No volverá a ocurrir.

—Eso espero, mi joven padawan. Por tu bien, si es que aún deseas convertirte en un Caballero Jedi. Ahora, olvídalo y concéntrate en el presente. ¿Qué es lo que estábamos haciendo?

—Practicar la destreza de la alteración, con la que los Jedi somos capaces de cambiar nuestro entorno en situaciones en las que no podamos cumplir nuestros objetivos.

—Muy bien. Ahora, trata de crear una ilusión que me haga creer que la habitación se está llenando de un gas tóxico.

—No puedo, Maestro. Aún sigo conmocionado por lo de mi madre. Me resulta imposible concentrarme.

—Comprendo. —Susurró Obi-Wan, aunque, realmente, desconocía qué se sentía al perder una madre. Es más, desconocía lo que era tener familia.

—Si no te importa, me retiraré a mis aposentos para meditar y así hacer frente a mi dolor interior.

—De acuerdo, tómate el resto del día libre. Despeja tu mente y libérate de tu ira. Mañana continuaremos con los ejercicios.

—Gracias, Maestro.

LA CARRERA MÁS CORTA DE SHUZ SMMOT

Era el favorito del público. Todos los grandes jugadores apostaban por él. Como para arriesgarse con otro, habiendo vencido en las últimas siete competiciones. Se llamaba Shuz Smmot y era un joven mantelliano cuyos agudos reflejos y sentidos superaban notablemente a la media de su especie.

—Pues yo no apuesto por Shuz, caballeros. —Mencionó el sr. Tholnogg, uno de los más ricos de las gradas—. Sé que me arriesgo, dadas las excelentes estadísticas del sr. Smmot, pero, en esta ocasión, dudo que venza. Tengo esa extraña sensación.

—De acuerdo, sr. Tholnogg. Entonces, ¿por quién apuesta? —dijo sonriente el sr. Tann, convencido de que iba a ganar una fortuna.

—Me gustaría apostar de una forma un tanto… peculiar.

—¿A qué se refiere?

—Apuesto 10 millones de créditos a que el sr. Smmot ni siquiera concluirá la primera vuelta.

Los colegas del palco, multimillonarios todos, no cesaron de reírse: era una auténtica locura apostar en contra del corredor favorito para el podio. ¡¡Y más aún tratándose de 10 millones!! ¡¡Y más aún diciendo que no acabará ni la primera vuelta!! Los distinguidos jugadores no dudaron ni tan solo un instante en aceptar. Y precisamente por ser tan rápidos en tomar sus decisiones, no se dieron tiempo a sí mismos para ponerse a pensar detenidamente en las posibilidades que había de que Shuz Smmot fracasara. Aunque, en efecto, eran muy pero que muy escasas. Únicamente podían suceder tres cosas: que tuviera un terrible problema técnico, que un competidor le colisionara accidentalmente o que, por alguna razón, Shuz se estrellara contra uno de los laterales del circuito. Pero, claro, este trío de casualidades entran en el marco de la legalidad. Si nos ponemos a pensar en casualidades «sospechosas», entonces el número aumentaría.

Finalmente, lo que sucedió no tenía pinta de ser legal. Ni mucho menos. Nada más arrancar sus motores, la vaina de Shuz explotó en un millar de pedazos, acabando con la vida de una de las grandes promesas del Campeonato Universal. Los multimillonarios del palco, incrédulos ante lo que acababan de ver, no tardaron apenas un segundo en mirar boquiabiertos al sr. Tholnogg. Otro segundo después, estaban ya insultándole de muy diversas maneras.

—Tranquilos, amigos míos. Esto no tiene nada que ver conmigo. Yo simplemente intuí que algo iba a suceder, pero nada más.

Al día siguiente, se abrió una investigación para esclarecer los hechos. No muchas semanas más tarde, se declaró culpable a un experto en explosivos que se había enfrentado a Shuz en un bar de la ciudad en la que se encuentra el circuito la noche anterior a la competición. Se supo que la discusión había concluido con una amenaza de muerte por parte del artificiero, de modo que no hubo dudas de que había sido el autor de los hechos. Incluso se encontraron pisadas suyas en el garaje donde se guardaba la vaina de Shuz.

De esta forma, el sr. Tholnogg pudo cobrar la jugosa apuesta y recuperar, a su vez, el honor perdido. Pero sus colegas sabían que, de alguna manera, había estado implicado en el asesinato, por lo que no volvieron a hacer apuestas con él. Es más, le expulsaron de su club.

El sr. Tholnogg, por su parte, decidió abandonar Ord Mantell y se mudó a Tatooine, donde volvió a introducirse en los más prestigiosos clubes y círculos de jugadores para continuar realizando su actividad favorita: ganar apuestas.

CÓMO SER UN BUEN SENADOR

Es más sencillo de lo que pueda parecer en un principio. Lo más complicado es, sin duda, obtener el título. Ahí no hay más truco que estudiar, estudiar y estudiar. Pero, una vez que te conviertes en político, las ideas fluyen solas.

Mismamente, el plan que ideé para acabar con la carrera del senador de mi planeta fue fruto de estar pensando unas pocas horas. Luego, «invirtiendo» algo de dinero por allí y algo de dinero por allá, logré hundir su prestigio hasta tal punto que jamás podría recuperarle.

Destituido del cargo de por vida, me presenté candidato para ocupar su deseado puesto. Pero antes, eso sí, me deshice hábilmente de cualquier oponente. Y cuando digo «hábilmente» es como decir «a la perfección», o sea, sin dejar rastro o huella alguna de mis actos. Toda la culpabilidad recaía en delincuentes de poca monta tras haberles llenado los bolsillos.

Y así llegué aquí, a Coruscant, donde vivo mejor, incluso, que los reyes de mi planeta. ¿Que cómo lo hago? De nuevo, resulta muy sencillo: en el Senado todo se basa en obedecer al mejor postor. ¿Que la Federación de Comercio me ofrece un piso en la Avenida Dorada por votar en contra? Pues se vota en contra. ¿Que el senador de Geonosis quiere que vote a favor a cambio de una cuantiosa suma? Pues se vota a favor. ¿Que el senador de Bakura me da un millón de créditos por votar en contra pero el de Ord Mantell me da 2 por votar a favor? Pues, evidentemente, se vota a favor. ¿Para qué llevarles la contraria, verdad?

Otro tema distinto es cuando yo necesito que los demás voten lo que yo quiero para solucionar determinados problemas de mi mundo. En ese caso, soy yo quien debe «convencer» a todos los senadores que pueda con mi inflada cuenta bancaria. Repartiendo propiedades por allí, haciendo regalitos por allá, en la mayoría de las ocasiones logro ganar las disputas que me atañan. Y de esta forma consigo que los reyes de mi planeta me mantengan en el cargo por mi alto rendimiento, con lo que puedo continuar enriqueciéndome y llevando una vida de auténtico lujo en la ciudad más lujosa de la galaxia.

En fin: no podía haber elegido mejor mi futuro. Ser un buen senador es muy fácil, poco costoso y, sobre todo, muy, muy rentable.

¿QUÉ SERÁ LA PAZ?

En mi planeta, Skantann, no conocemos lo que es la paz. Me tomarán por loco diciendo tal barbaridad, pero les puedo asegurar que es verdad. Desde tiempos inmemoriales, la guerra ha estado presente en nuestras vidas. Y nunca se ha desvanecido. Jamás. Ni tan siquiera unos meses. Llevamos luchando contra la tribu de los Genzzeros desde que nuestra especie evolucionó lo suficiente como para pensar de manera racional. Eso fue hace más de diez millones de años.

Los antiguos manuscritos y algunas leyendas que aún perduran en nuestras memorias, hablan que todo empezó con la disputa de un territorio, la ahora denominada Gran Pradera del Mal, en la que había todo tipo de riquezas naturales: fruta, agua, minerales… Un auténtico paraíso convertido ahora en un desierto de cenizas. Allí había todo lo que nuestros antepasados podían necesitar y en suficiente cantidad como para sobrevivir durante varios siglos.

Pero enseguida se separó un grupo de la tribu, formándose otra con ideales muy diferentes: pensaban que los adultos de más de 50 años eran un estorbo, por lo que era mejor sacrificarles para que no malgastaran los bienes del lugar. De esta forma, acortando la vida, conseguirían aumentar la permanencia de la pradera. Pero este tipo de ideas, en las que se daba más importancia a aquellas riquezas que a la vida, no encajaban en absoluto con las de mis antepasados, por lo que el comienzo de la guerra fue imparable.

Y desde entonces, no sabemos lo que nos cuentan los extranjeros que muy de vez en cuando nos visitan acerca del término «paz». Por lo que he podido entender, es un estilo de vida maravilloso en el que casi toda la galaxia se encuentra en la actualidad, aunque existen indicios de que también se produzca una gran guerra civil como la nuestra. Se duerme sin temer por los ataques nocturnos. Se bebe sin pensar en si el agua estará envenenada. Se vive sin tener que trasladarse continuamente por motivos estratégicos. En definitiva, se vive bien.

Nosotros estamos ya tan sumamente acostumbrados a esta manera de vivir, siempre pendientes de posibles amenazas, que parece que no echemos en falta la realización de las llamadas «actividades de ocio». Y sin parece. Realmente no las echamos en falta porque nunca las hemos tenido ni sabemos en qué consisten, salvo por lo que nos cuentan los visitantes procedentes del espacio.

En nuestras cortas vidas, todo se reduce a sobrevivir de cualquier manera posible con motivo de no perder la guerra y, así, no defraudar a los espíritus de nuestros antepasados. Dentro de este concepto de la supervivencia lo englobamos todo: alimentarnos, dormir, luchar, etc. Incluyendo la acción de resistir el tremendo dolor provocado por las innumerables pérdidas de seres queridos, lo cuál es, sin lugar a dudas, lo más duro de sobrellevar.

Así que nuestra cultura es prácticamente inexistente, si exceptuamos nuestras estrategias y armas, y las tradicionales celebraciones de los entierros. Nuestras escasas posesiones no duran apenas meses antes de que sean destruidas en interminables batallas

o perdidas durante nuestros continuos traslados. Lo mismo ocurre con los pocos inventos que diseñamos, de modo que apenas hemos evolucionado desde que esta eterna guerra comenzó.

Y, en resumidas cuentas, así es como vivimos aquí, en Skantann, presos del miedo y el odio, el honor y la dignidad, el dolor y la beligerancia.

Sin más amor que el que sentimos hacia nuestras armas.

Sin más diversión que la que nos provoca el arrancar cabezas a nuestros enemigos.

Sin más paz que la que existe en nuestros esperanzados corazones.

ODIO A HAN SOLO

Desde aquella carrera de jockey de descenso súbito, no hay otro individuo al que odie más en toda la galaxia que a Han Solo, el excontrabandista de Jabba el hutt. Fue una acción totalmente ruin y despreciable de su parte, por mucho que niegue lo contrario. «Lo siento, Dengar, no fue mi intención hacerte salir del circuito». Me dijo cuando me visitó en el hospital, el muy cretino. «Una ráfaga de viento inclinó mi vehículo hacia donde tú estabas. Hice todo lo posible por evitarlo, pero fui incapaz». ¡¡Incapaz serás de sobrevivir a mi furia asesina!!

Llevó ya varios años detrás de él, pero, de una forma u otra, ¡¡nunca logro volarle la cabeza!! Unas veces porque le ayuda su inseparable «felpudo con patas»; otras porque tiene suerte… ¡¡Estoy harto!! ¡¡Quiero matarle de una maldita vez!!

Esa es la razón por la que me gustaría que me contratara, Lord Vader: para calmar mi sed de venganza. Por su culpa, me llaman «la momia» allí por donde voy. Y es que no es para menos: casi todo mi cuerpo quedó calcinado tras la terrible colisión. Por ello debo vivir con él vendado en un 80%, pues, de lo contrario, sería considerado un monstruo en muchas culturas de la galaxia, e, incluso, dependiendo de los componentes de las diferentes atmósferas planetarias, podría infectarme o quién sabe qué podría ocurrirme. Pero, bueno, usted ya sabía lo de mi recuperación: gracias a su Imperio he vuelto a nacer, por lo que le estoy sumamente agradecido. Disculpe por haberle contado todo esto, de ninguna manera quisiera hacerle perder su preciado tiempo.

Así que, Lord Vader, espero una respuesta positiva de su parte. Creo que soy la opción perfecta para la busca y captura de ese despreciable rebelde. Por mis agudos instintos. Por mi experiencia. Por mi odio.

Dengar O’boss
Cazarrecompensas

COCINA TATOOINE: LOS MEJORES PLATOS

Así se titula mi nuevo libro, en el que podréis encontrar las recetas de las comidas más deliciosas, los postres más sabrosos y, además, todo ello elaborado con productos típicos de nuestra tierra, de modo que os costará nada haceros con los ingredientes.

Os voy a adelantar algunos de mis platos para que os entre verdadera «hambre» de comprar mi fabulosa publicación. Por ejemplo, ¿qué mejor que una ensalada de setas de las Tierras de Jund para abrir el apetito? Con un poco de tyhh en su justa medida y algo de especia yyre, os quedará insuperable. Y si a eso le añadimos unas deliciosas croquetas de rata womp, ¡os desmayaréis de gusto solamente con olerlas! No olvidéis, por supuesto, rellenarlas de rodajas diminutas de su cola: obtendréis un regustillo final de lo más apetitoso.

En cuanto al primer plato, algo tradicional, aunque con ciertas mejoras: chuletas de bantha asadas en salsa de ronto. Y os preguntaréis: ¿de qué se supone que está hecha la salsa de ronto? Aunque parezca increíble a la par que desagradable, ¡su saliva es realmente exquisita, especialmente cuando se mezcla con virutas de kok! Ahora ya lo sabéis: poned un cubo a sus pies cuando coma y aprovechad ese pegajoso líquido que segrega.

Pasamos ya al segundo y último plato. Aunque en mi libro encontraréis decenas de recetas distintas, mi preferida es, sin duda, scurriers rellenos de jiggers de arena. ¡Mmmmm! ¡El mero hecho de mencionarlo pone en funcionamientos mis papilas gustativas! Es toda una delicia al alcance de cualquiera (¿quién no se ha topado alguna vez con un repelente y escurridizo scurrier? ¿O cuántas veces habéis aplastado a un jigger de arena por mordisquear a vuestras monturas?). Pues bien, ahora pueden convertirse, gracias a mi cuidada selección de ingredientes, en uno de los más ricos (y baratos) platos que os podáis ni tan siquiera imaginar. Echando un poco de sppi, otro poco de laof y un par de puñados de crre, conseguiréis una mezcla verdaderamente explosiva. Os digo más: ni se os ocurra dárselo a vuestro animal de compañía…

Y así de rápido llegamos ya a mi recomendación para el postre (el editor del periódico no me dio más líneas para esta columna, pero le agradezco este espacio, no obstante). Aunque, repito una vez más, en mi libro podréis elegir entre varias decenas de ellos (tarta de dragón krayt, helado de meewit, flan de lagartija de las dunas, etc, etc, etc). Pero, indudablemente, mi favorito por su dulzor, su frescura y su aplastante sabor es lengua de dewback helada. Es indescriptible el placer que puede proporcionar el hecho de mordisquear este delicioso manjar. Además, es relativamente fácil de elaborar, aunque requiere mucho reposo y, sobre todo, una cierta precisión a la hora de cortar la lengua del animal. Y es que hay que evitar coger los últimos 2 o 3 centímetros, donde almacena en unos extraños orificios una saliva venenosa para casi todas las especies. Pero, bueno, por esto no hay que preocuparse si leéis detenidamente mi fantástico libro, donde os explico paso a paso y con mucho rigor lo que hay que hacer en cada momento de la preparación

de cada una de las 850 recetas. A las instrucciones hay que añadir los numerosos hologramas, ilustraciones tridimensionales, utensilios necesarios, tiempos, ingredientes especiales…

En definitivas cuentas: a partir de la semana que viene ya podéis haceros con esta maravillosa colección de las mejores recetas de la cocina de nuestra tierra, nuestro encantador planeta Tatooine, perfectamente detalladas y muy, pero que muy económicas y fáciles de hacer, dado que la gran mayoría de los ingredientes empleados son materia prima de nuestros asombrosos desiertos y acantilados.

¿ASÍ ES COMO LO HACES?

«Siempre me he preguntado, R2, cómo un droide astromecánico como tú es capaz de reparar tantísimas cosas, entre las que me incluyo. Naves, droides, maquinaria industrial… ¿Hay algo que no hayas reparado en tu larga existencia? Porque, sea lo que sea, debe ser algo sumamente complejo para que escape a tus extensos conocimientos».

La pequeña máquina cilíndrica no tardó en emitir toda clase de pitidos y chirridos como respuesta.

—¿Que reparar no es tan complicado? No, claro que no. Por eso los inteligentes humanos crearon a droides como tú.

R2 continuó con la discusión. Una más que procesar a cambio de un sustancial gasto de energía, sobre todo si se prolongaba demasiado, como tantas veces les había ocurrido durante su extensa convivencia.

—Ya estamos. Tan cabezota como siempre. A ver, listillo, explícame cómo haces para… por ejemplo… comunicarte con todo tipo de computadoras. Como aquella vez a bordo de la Estrella de la Muerte, en la que lograrte desactivar el triturador de basuras. O aquella otra ocasión, en la que conseguiste abrir una puerta durante nuestra huída de la Ciudad de las Nubes.

Se comenzó a oír entonces toda una sinfonía de pitidos, zumbidos y demás sonidos estridentes, totalmente indistinguibles los unos de los otros… salvo si los procesaba un droide de protocolo, claro.

—¡¡No es posible!! Me estás diciendo que… ¡¡Sí, vaya, y voy yo y me lo creo!!

R2-D2 confirmó su anterior discurso, juró que lo que acababa de decir era cierto.

—De acuerdo, de acuerdo. Te creeré esta vez. Pero me parece increíble que las operaciones que realizas, tan complejas a simple vista, sean tan sencillas en verdad. Es más, ¡¡hasta yo mismo sería capaz de hacerlo!! ¡¡Podría comunicarme con cualquier computadora si alguien me grabara el código necesario!! ¿Te das cuenta de lo que acabamos de descubrir, mi viejo complemento?

El droide astromecánico chilló (a su manera), protestando por esta última afirmación.

—¡¿Cómo que lo has descubierto tú solo?! Si no llego a preguntarte por el tema…

—Pipowpiiiipooi…

—¡¡Insolente cabezudo, cómo te atreves!! ¡¡Eso no es cierto, ya puedes retirarlo…!!

Y discutiendo y discutiendo, la inseparable pareja de droides, juntos siempre a pesar de sus continuas broncas e insultos, perdieron los datos de su conversación anterior. Sus procesadores y circuitos se recalentaron tanto con esta nueva disputa, se entregaron tanto a conseguir ganarla mediante el uso de la palabra (la única forma que sabían hacerlo), que

se olvidaron por completo de guardar debidamente el increíble descubrimiento en sus inquietos bancos de memoria.

GRACIAS A MÍ

«Diréis que es una barbaridad lo que digo. Pero es una verdad como un ronto. Y uno bien grande. En serio. No me gusta presumir de nada, pero esta ocasión lo merece. Sin más preludios, os diré…».

(La expectación de los allí presentes aumentó sin medida en aquel momento).

«¡¡Que el famoso héroe rebelde Luke Skywalker sigue vivo gracias a mí!!».

(Largas y escandalosas carcajadas se oían por todo el lugar).

«Sí, damas y caballeros; yo, Purk Trellian, afirmo esta gran verdad. Espero que conservéis este secreto, pues aún quiero seguir viviendo. El Imperio podría incluso ejecutarme por este hecho».

(Una nueva oleada sonora de risas emergió tras sus palabras).

«Así es, queridos amigos. Si no llega a ser por mí, el hombre que más problemas ha causado al Emperador sin perder la vida ya no estaría en activo, realizando misiones heroicas allí donde la paz y la justicia han sido enterradas por el omnipresente Imperio.

Y os preguntaréis, ¿qué pudo hacer un humilde y cobarde reparador de veletas metereológicas para salvar a tan valiente y honorable rebelde? Pues, simplemente, eso: hacer su trabajo. Si el día anterior al terrible duelo librado entre Luke Skywalker y el vil Lord Darth Vader en el interior del núcleo de la ciudad, yo, Purk Trellian, no hubiera reparado, colocado y, en definitiva, puesto en funcionamiento la veleta a la que se agarró, hubiera perecido».

(Otro estruendo de carcajadas volvió a enmudecer al ya considerado borracho técnico).

«Sí, amigos. La veleta nº 39754-43567-jk tenía las huellas de Luke Skywalker cuando la cogí ayer por la mañana. Quería comprobar que funcionaba bien, pero con el terrible golpe que la propició en su caída, había vuelto a estropearse. No daba los datos correctamente. Presión imposible. Temperatura excesiva… Así que me la llevé para repararla y entonces vi aquellas huellas acompañadas por unas cuantas gotas de sangre. Debió salir malherido el joven luchador de la libertad ante un enfrentamiento tan imposible como aquel.

Pero eso me benefició, amigos míos. Con su sangre y sus huellas digitales logré averiguar que se trataba de él. Y como veo que seguís sin creerme, he aquí la prueba de la verdad».

Apenas Purk mostró una pantalla visualizadora con la huella, el ADN y la correspondiente foto de Luke, fue aprisionado por más de una docena de oyentes. Todos luchaban por la suculenta recompensa que ofrecía el Imperio a cambio de «individuos no leales al Nuevo Orden». Si es que la daba por tan insignificante hecho…

UN ABSURDO

Y de repente un dewback se zampa a un jawa de un solo bocado. El animal comienza a caminar y es ferozmente atacado por un wampa, que le descuartiza sin mayores problemas. Mientras este peludo bípedo comienza a masticar, un tremendo ronto se hace con su cabeza. Si perseguimos la caída de la misma a través de su larga garganta, veremos que el lugar se transforma en un tubo metálico muy bien iluminado. Y que por él ya no cae una cabeza de wampa sino un héroe manco tras haber sido derrotado. El joven se detiene en su caída brevemente, pues en seguida vuelve a descender por una recién abierta trampilla sobre la que descansaba.

Para cuando le seguimos hacia el suelo, vemos que ya no hay ningún suelo: todo son nubes y más nubes. Negras, además. Tan negras que la lluvia se prevé inminente. Tan inminente, que ya está lloviendo. Y llueve con fuerza, a cántaros. Con tanta intensidad como para que un cazarrecompensas mandaloriano apenas logre ver a través de su casco a su nuevo enemigo. Lo que no le impide, no obstante, lanzarle un potente misil de reacción.

Aunque más que uno son dos. Y de protones, nada menos. Se dirigen con precisión hacia el núcleo de una gigantesca estación espacial de combate. Así que tal esfera metálica explota. Pero, para entonces, ya no es metálica. Tienes metales, eso sí, pero está formada por tierras y mares fundamentalmente. Es un planeta. Era un planeta. Ahora no es más que un conjunto de pedazos rocosos. Algo así como asteroides.

Asteroides que pronto sirven de escondite para una nave de grandes prestaciones, aunque inestable funcionamiento, en su huída de otras de aspecto más… militar. Militares son las naves perseguidoras, militares son también sus pilotos. Pilotos imponentemente ataviados con cascos y armaduras, iguales en todo, incluso en tamaños, más o menos. Como para no: son clones. Si atravesamos sus visores, veremos que sus rostros son idénticos. Si volvemos a atravesar sus cascos, veremos que ya no son pilotos, sino soldados. También vestidos con pesadas armaduras, pero ahora son blancas, no negras.

Se encuentran disparando sin cesar agrupados en grandes batallones, a menos que sean derribados por las enormes arañas mecánicas que los atacan. Cosa nada difícil: su precisión es realmente elevada para tratarse de una máquina. Si fueran seres vivos, acabarían con sus presas en mucho menos tiempo. Como así hacen los astutos kouhuns, insectos de cuerpos alargados y letal veneno. Ahí pueden ver un par de ellos, atravesando una ventana con la ayuda de un droide asesino. Increíblemente sigilosos, ni tan siquiera un droide astromecánico es capaz de detectarlos. Sólo un dúo de Jedi lo logran hacer y, afortunadamente para ellos, justo a tiempo: ya estaban avanzando hacia su dormida presa.

Por cierto, qué cama tan bonita. Ni comparación con esta otra en la que se está transformando, mucho más sencilla y siempre llena de trastos. Bueno, en esta ocasión sólo hay uno: un droide de protocolo, aún «desnudo», podríamos decir, pues no tiene su brillante chapa dorada. Tan brillante como para llegar a ser considerado un dios por unas

extrañas criaturas peludas de corta estatura. Ahí las ven, adorándole sin haber hecho nada.

Ni siquiera se ha enfrentado a un morador de las arenas armado con un gaderffii. Ni ha tenido el valor de pisar la cola de un hutt. ¡Qué demonios, por no hacer, ni ha ganado una carrera de vainas! Bueno, quedó segundo, no está tan mal. Pero con las trampas que hizo, tenía que haber ganado, ¡y con diferencia de unos cuantos segundos!

Perder por seis segundos. Morir en seis segundos. Menos mal que el misterioso ser aceptó la oferta definitiva del gran señor del crimen, porque, de lo contrario, la masacre habría sido brutal. Nadie sobrevive a un estallido como el de un detonador thermal. En comparación, salir del estómago de un sarlacc es un juego de niños. Bueno, tampoco hay que pasarse: es un juego de cazarrecompensas.

¡Hombre, mira, otro mandaloriano volando con su jetpack! Y mira tú por donde: junto a él vuela también la nave de antes, la de los asteroides. Ambos tratan de salir de esa larguísima garganta. Ambos lo logran sin colisionar con ningún diente. Y eso que eran muchos y grandes. Vamos, casi, casi, como un rascacielos. Quizás como aquel en el que un grupo de Jedi examina a un niño un tanto especial. Sinceramente, no sé qué le ven de especial. Si al menos llevara un casco, como el cazarrecompensas mandaloriano, o los soldados clon…

¡Ufff, qué oscuro se ha puesto todo! No veo. No veo nada. Me estaba acercando a la mente del niño, a ver qué veía pero… ¡Ufff! ¡Negro, negro! Vamos, ni con una espada de luz podría ver algo allí dentro. Espera un momento… ¡Ah, pues sí que veo, sí que veo! Con una espada, sí. Me gusta su resplandor azul, además. Aunque no tanto como el rojo que se me aproxima. Me gusta más. Es una luz que también tintinea. También hace ruido, parece como si silbara, o algo así, pero de una manera ligeramente distinta a la mía.

¡Vaya, qué imponente señor de oscura armadura la lleva! ¡Ni que fuera un droide Sith! ¿Que me una a él para dominar el universo? Algo así le he entendido. Pero no le oigo bien, con todo el viento que hay por aquí. No, espere, espere, repítame su propuesta. Es que no le he oído bien. ¡Espere, espere, confírmeme su proposición! ¡Que no, que no me estoy negando, que sólo le digo que repita lo que acaba de decir, por favor! ¡¡¡No, espere, noooooo…!!!

LA TRAICIÓN DE SYFO-DYAS

No sé por qué dices eso, mi querido amigo Sifo-Dyas. Nuestro Maestro no tiene malas intenciones; sólo quiere un ejército para poder proteger a la República antes de que caiga en malas manos. Ya sabes que los separatistas están formando uno y pronto podrían atacar. Sólo quiere asustarles para mantener la paz.

—Mientes, Lord Tyrannus. Sólo quiere poder, como todos los Sith siglos atrás. Ahora lo tengo claro. ¿Cómo no pude verlo antes, cuando acepté su propuesta? Claro, el Lado Oscuro me nubló la percepción, como a todo el Consejo Jedi cuando aceptaron mi presupuesto, a pesar de lo que ello suponía: ¡¡el primer paso hacia una dictadura!!

—Impresionante. Veo que al fin has descubierto la verdad. Lástima que ya sea demasiado tarde: el proceso de clonación ya ha empezado.

—¡Aún puedo evitarlo! Basta con que les advierta a los Jedi del peligroso pacto al que ignorantemente les conduje para que entren en acción y acaben con vosotros y vuestros perversos planes.

—¿Y crees que iban a acordarse de tal trato? ¡¡Te tomarán por loco si lo cuentas y te expulsarán de la Orden Jedi!! Mi Maestro se encargó de hacerles olvidar aquella conversación. Incluso manipuló sutilmente sus mentes para que todos, sin excepción, firmaran el presupuesto. Entra en razón: continúa en nuestro bando, no tienes otra elección. Además, sabes que es lo mejor para la galaxia.

—¡¡Jamás volveré a cometer el mismo error!! Es más, ¡¡pienso remediarlo ahora mismo, aunque ello me lleve al Lado Oscuro!!

El Maestro Sifo-Dyas activó su espada de luz y avanzó velozmente hacia el Lord Sith. Comenzó así un duro enfrentamiento lleno de odio e ira por ambos contrincantes. Veloces fogonazos azules y rojos daban paso a destellos fulgurantes cuando ambos haces chocaban entre sí.

El Conde Dooku era un gran espadachín, pero en aquel duelo su rival le estaba obligando a defenderse no sin esfuerzo. Por algo el Maestro Sifo-Dyas era miembro del Consejo Jedi: era sabio, poderoso y hábil en el manejo de una espada de luz. Tenía, pues, todas las características necesarias para pertenecer a tan selecto grupo.

Llegó un momento en el que Dooku, bastante más agotado que su oponente, por no decir casi exhausto, optó por rendirse, lanzando su original empuñadura al suelo.

—Me rindo, Maestro Sifo-Dyas. —Dijo entrecortadamente, pues trataba de recuperar el aliento—. No soy rival para ti. Al menos en esta ocasión. Aún no he aprendido todo lo que debiera del Lado Oscuro. Llevo poco tiempo. Dentro de unos años te hubiera superado en todos los aspectos. Pero como el futuro no cuenta en el presente, acepto la derrota. Ya puedes fulminarme.

Pero, extrañamente y para sorpresa del Jedi, fue incapaz de moverse. Algo le estaba impidiendo respirar. Se asfixiaba. El aire dejó de recorrer sus pulmones. Soltó su espada y se llevó ambos manos al cuello. Pero no le sirvió de nada. Fue incapaz de evitar la muerte. Cayó entonces al suelo, primeramente apoyando las rodillas e instantes después con todo el cuerpo.

—Gracias, Maestro. Perdóneme por mi derrota. Aún no domino el Reverso Tenebroso. Le juro que no volverá a suceder. A partir de ahora, y a menos que me necesite para alguna otra misión, todo será estudio y entrenamiento.

—Eso espero, Lord Tyrannus. No me gustaría perder a una promesa como tú. Sé que te convertirás en el Sith más poderoso que jamás haya existido. Si exceptuamos, claro, al joven Skywalker. Espero que aceptes eso, por tu bien y por el éxito de nuestro cercano Nuevo Orden.

—No lo dude, Maestro. Considero a Skywalker una de las piezas clave de nuestros planes, junto a nuestra poderosa arma, nuestro inmenso ejército y, por supuesto, su privilegiada posición en el Senado.

—Bien, mi aprendiz. Volvamos a casa. Debemos pensar en cómo encubrir la muerte de nuestro «amigo».

NO ME GUSTA HABLAR DEL PASADO

—No me gusta hablar del pasado.— respondió el mandaloriano. —Pues vas a hacerlo, estúpido cazarrecompensas—. Insistió el pirata. —Quiero conocer al hombre que hay tras esa armadura. Ahora que soy la primera persona en atraparte, también quisiera convertirme en el único que conoce la auténtica historia del gran Boba Fett. Sobre todo, ahora que está a punto de llegar a su fin, ja, ja, ja—. Sus secuaces rieron junto a él: sabían que de aquella sala nunca había salido nadie con vida.

—Bueno, si no queda más remedio… —Fett se dispuso a recordar—. Soy hijo de Jango Fett, el mejor cazarrecompensas de la historia de la galaxia conocida. Sus aptitudes innatas para toda clase de operaciones criminales (sabotajes, asesinatos, robos…) le hicieron ganarse una prestigiosa reputación entre los bajos fondos de un incontable número de planetas. Hacía cualquier cosa que se le encargara con una única condición: que la recompensa fuera justa. Llegó un momento en el que su fama fue tal que casi todos los criminales le conocían. Adquirió unas riquezas inmensas a base de realizar las más arriesgadas misiones e, incluso, desagradables, en ciertas ocasiones, como él mismo me contó cuando yo tenía unos 10 años.

—¿Y cómo es que no te lo contó antes? ¿Eres retrasado mental o algo así? Ja, ja, ja. —Los piratas volvieron a reírse al mismo tiempo que su líder.

—No, soy un clon. —Nada más oír aquellas palabras, los secuestradores silenciaron sus carcajadas. Se quedaron atónitos.

—Sí, amigos. Así es. Soy el único clon libre del ejército imperial. Yo fui el elegido por mi padre de entre miles de soldados. Siempre había querido tener un hijo, sobre todo cuando había recaudado una suma tan importante. No quería que fuera a parar al primero que le matara, así que quería tener un hijo que heredara toda su fortuna. Cuando el Sith Lord Tyrannus le propuso ser el donante de tal proceso de clonación, no dudó en exigir un ejemplar para sí mismo, pero uno perfecto, sin alteraciones.

—¿Alteraciones?

—Sí, el Conde Dooku pidió a los kaminoanos que los clones fueran manipulados genéticamente, de tal forma que fueran totalmente sumisos a lo que se les ordenara, además de que se desarrollaran en la mitad del período normal de crecimiento. Así, en tan sólo 10 años pudo contar con una gran parte del ejército totalmente operativo. Sin embargo, mi padre quiso que yo no fuera así, por lo que me crío desde que era tan sólo un bebé.

Pero, evidentemente, no me acuerdo de esa época. Digamos que mi memoria comienza a partir de los 10 años, que fue cuando mi padre fue asesinado por un Jedi de espada morada. Desde entonces, siempre he querido vengarme, pero, por otro lado, temo enormemente a los Jedi. Les considero seres superiores, invencibles, a pesar de que muchos murieron durante la Batalla de Geonosis. No me veo capaz de derrotar ni al más débil de ellos.

En fin. ¿Es necesario que siga?

—¡¡Pues claro, cabeza cubo!! ¡¡Queremos oír la versión completa!! Y si no quieres continuar, ya sabes, un poco de dolor y todo arreglado…

—De acuerdo, me has vuelto a animar. —Mencionó con su ironía habitual—. Veamos, ¿por dónde íbamos? Eeeeeh…

Viendo cómo Fett se burlaba de ellos, el líder de los piratas agarró un electropalo que había en las estanterías de herramientas de tortura y le propició una contundente descarga eléctrica. Más aún en el caso de Boba, dada la presencia de su metálica armadura.

—¡¡Vale, vale, vale!! —suplicó el mandaloriano, cosa que nunca antes había hecho, pero su físico no aguantaba más dolores que los que había sentido ya, tanto durante su captura como durante la sesión de tortura a la que había sido sometido hacía escasos minutos—. Bueno, así que, como iba diciendo, perdí a mi padre en aquella batalla, la primera de las largas Guerras Clon. En ese período de 2 años, desde el comienzo del declive de la República a la instauración del Nuevo Orden Imperial, simplemente me dediqué a entrenarme, pues únicamente sabía nociones impartidas por mi padre en sus escasos ratos libres. Así que aprendí varios estilos de lucha, manejo de gran variedad de armamento y conducción de los vehículos más imprescindibles (speeders, transbordadores, swoops…).

Una vez consideré que ya estaba lo suficientemente preparado como para comenzar a «trabajar», decidí pintar y desgastar la nave de mi padre, la «Esclavo I», para evitar que sus numerosos enemigos me tomaran por él. Preferí comenzar mi carrera partiendo de cero, sin ningún tipo de reputación por ser hijo de alguien tan valorado.

Pero una vez me sucedió que el peor rival de mi progenitor, un tal Kiott Assassell, del que me había hablado brevemente, reconoció a mi vehículo por una quemadura que tenía en la chapa, una tan intensa que fui incapaz de disimular. Así que en cuanto aterricé en Tatooine, fui atacado por aquel despreciable cazarrecompensas, que, según me había contado mi padre, siempre se había quejado de que le robábamos la clientela.

Menos mal que fui rápido a la hora de esquivar su primera ráfaga de disparos, pues fue realmente precisa. Entonces lo que hice fue ocultarme en el interior de mi nave, haciéndole creer de esta forma que iba a huir de él, como tantas veces había hecho mi padre. No lo hacía por miedo, ni mucho menos. Lo que pasa es que sabía que si acababa con él, enfadaría a varios hutts, clientes habituales del criminal. Y Jango lo último que quería era problemas.

Pero yo quise vengarme por todas aquellas situaciones en la que mi padre se vio comprometido por culpa de ese tal Kiott. Así que, como iba diciendo, me oculté en mi nave para que me siguiera. El muy estúpido así lo hizo, de modo que, en cuanto se acercó a la puerta de embarque, le lancé un detonador thermal activado. Como ya sabéis, son unos explosivos que estallan a los 6 segundos, por lo que el ruin cazarrecompensas no

tardó en ir a por él para desactivarle. Una vez le cogió y pulsó su botón, le pegué un tiro en la nuca. ¡Qué gran estrategia, ¿verdad?!

—Sí, sí, pero continúa, que no tenemos todo el día…

—Bueno, es que no sé qué más queréis que os cuente. Si empiezo hablar enfrentamiento por enfrentamiento…

—De acuerdo, tienes razón. Podríamos estarnos horas aquí metidos. Para finalizar, cuéntanos tu gran duelo contra Mace Windu, el Jedi de espada morada que acabó con tu padre, porque, según he oído, luchaste contra él cara a cara, ¿no es cierto?

—Así es. Aunque, como ya os conté, cogí miedo a los Jedi una vez murió mi padre, hubo un día en que me envalentoné y decidí averiguar quién fue su asesino. Entonces, recurrí al Conde Dooku, o Lord Tyrannus, para preguntarle si le conocía. Me dijo que sí. Es más, me encargó que acabara con él. «Perfecto», me dije. «Además de vengarme, obtendré una cuantiosa suma». Eso sí, Dooku ya me lo advirtió: es el segundo Jedi más poderoso tras el gran Maestro Yoda. Pero, como en aquella época ya ha había realizado gran cantidad de duros trabajos, a pesar de tener tan sólo 12 años, me vi en condiciones de derrotarle. Es más, para entonces ya me conocían tanto como a mi padre años atrás. Todos decían de mí que era el rey de los cazarrecompensas. No sé, ¿creéis que tienen razón?

Viendo que Fett les volvía a tomar el pelo, el líder pirata volvió a sacudirle una tremenda descarga con su electropalo. Instantes después, una vez que se recuperó, Boba continuó su narración.

—Lo que hice fue estudiar los movimientos de aquel imponente Maestro Jedi. No tardé en averiguar que era miembro del Consejo Jedi, un grupo selecto de los más sabios y poderosos Jedi, lo que me confirmó la descripción que me dio de él Lord Tyrannus. En fin, que tras dos semanas de reconocimiento de la zona y demás, preparé un plan de ataque. Como vi que siempre iba al Senado cada siete días estándar, y siempre tomaba la misma ruta en aerotaxi, ideé un plan para dispararle uno de mis precisos y potentes misiles, aunque no sería fácil alcanzarle en vuelo. Pero, bueno, ateniéndome a ese plan, busqué y, de hecho, encontré un buen lugar para efectuar el lanzamiento.

Así que llegó el día. Yo estaba completamente preparado. Había estado incluso entrenándome para no fallar. Pero no conté con la extraordinaria capacidad que tienen los Jedi, especialmente los más poderosos, para detectar peligro. Entonces, momentos antes de que disparara, el Jedi hizo uso de su poder para cambiar la trayectoria del vehículo y esquivar, por décimas de segundo, mi preciso intento de acabar con su existencia.

No dudé entonces en comenzar a volar con mi jetpack en dirección a mi presa. Aunque ya desde aquel momento no tenía muchas esperanzas de poder derrotar a tan impresionante guardián de la paz.

Y, la verdad, no tenía que haberlo intentado. Nada más colocarme tras su nave, me lanzó por la ventanilla su espada de luz morada encendida. Afortunadamente, logré descender lo justo como para que no me alcanzara a mí, sino al jetpack de mi espalda. El

corte fue tan profundo que se incendió. Menos mal que no estalló directamente, sino poco después, cuando me le quité y le lancé por los aires.

Continué cayendo hacia una muerte segura en los bajos fondos de Coruscant. Pero para este tipo de situaciones, siempre tengo a mano mi garfio, una cuerda que tengo en mi brazo y que, además de usarla para colgarme durante caídas repentinas, también me sirve para salvarme de otros peligrosos momentos.

—¿Cómo cuáles? —preguntó intrigado el pirata.

—Como este —nada más pronunciar aquel par de palabras, el hábil cazarrecompensas activó el dispositivo del que hablaba para rasgar las cuerdas que le apresaban las manos. Décimas de segundo después, empleó parte de la extensión de dicha cuerda como látigo contra el líder pirata, que cayó al suelo con una terrible herida en el pómulo derecho, provocada por el garfio del extremo. Y eso que tuvo suerte, pues la metálica pieza bien podría haberle dado de canto. En ese caso, le habría atravesado el cráneo sin mayores problemas.

Seguidamente después, los otros piratas del habitáculo desenfundaron y dispararon sus blásters tan rápidamente como fueron capaces. Pero, para entonces, Boba Fett ya había cogido por los brazos al primer herido y se lo había acercado para usarlo como escudo. El dúo de secuestradores se quedó atónito al ver cómo su jefe perdía la vida por efecto de sus ráfagas láser. Esa sorpresa fue debidamente aprovechada por Boba Fett para hacerse primero con el bláster del fallecido malhechor y disparar después con el mismo. Increíblemente, y a pesar de su mal estado físico, acertó sus dos gatillazos como más le gustaba, así como más difícil era: entre ojo y ojo.

Y todo esto lo había logrado sin haberse desatado aún las cuerdas que sujetaban sus pies. Mientras hacía esto, el guardián de la puerta no dudó en abrirla para enterarse de lo ocurrido. Pero cuál fue su sorpresa cuando el secuestrado, habiendo acabado con sus secuestradores, se encontraba libre y armado. De esta forma, Fett no tuvo problema alguno para efectuar otro de sus precisos disparos.

Salir del bloque prisión en el que se hallaba resultó mucho más difícil. Incluso para un cazarrecompensas de la talla de Boba Fett. Acabó con el guardia del piso en el que se hallaba, cogió su cartera de tarjetas de seguridad y fue probando una por una hasta que dio con la que necesitaba: aquella que permitía llamar al ascensor. Una vez descendió a la planta baja, efectuó otra serie de certeros disparos, apartando de su camino a todos y cada uno de los piratas que vigilaban el lugar. Hecho esto, dedujo la manera de abrir la puerta de entrada principal —utilizando la computadora de la recepción— y se aproximó a la salida del edificio.

Pero los problemas no acababan ahí: ahora debía superar de alguna manera los 20 metros que le separaban de tierra firme, dada la presencia de un letal foso lleno de dianogas y otra serie de indeseables reptiles.

No tenía otra solución que emplear de nuevo su cuerda con garfio, más aún cuando acababa de saltar la alarma del recinto. Enfurecido a más no poder, se encargó de acabar con la vida del superviviente que la había activado.

—Esto te pasa por chivato…

—NNNNNNNNnnnnngggggggg —fue el sonido que emitió el guardia al ser ahogado con una cuerda.

Hecho esto, Fett no perdió más tiempo y se dirigió de nuevo a la puerta de salida. Volteó varias veces la cuerda hasta que consiguió la fuerza que creyó necesaria como para efectuar un lanzamiento lo suficientemente largo. El problema estaba en las pocas energías que le quedaban ya: se estaba resintiendo de las recientes descargas eléctricas propiciadas por el líder pirata. Así que en el primer intento no lo logró. Fue al tercero, cuando la sala ya estaba siendo ocupada por furiosos guardianes, sedientos de venganza ante la masacre que acababan de contemplar.

Afortunadamente para el fugitivo, ninguna ráfaga láser le alcanzó por la espalda mientras se lanzaba al profundo foso. También tuvo la suficiente suerte como para su garfio aguantara su peso en tan inmensa caída.

Colgado frente a la pared rocosa de ese lado, Boba trató de realizar un último esfuerzo para ir ascendiendo. Pero, en principio, no se veía capaz. Por si fuera poco, los piratas del otro lado, no cesaban de dispararle, intentando o bien darle directamente, o bien acertar a la cuerda que lo sujetaba a la vida.

El mandaloriano, una vez más, y como era costumbre en él, no se rindió y sacó fuerzas de donde parecía no haberlas. Lentamente, fue subiendo y subiendo, acercándose más y más a la tan anhelada salvación. Apenas una docena de metros le quedaban ya cuando los piratas desistieron en sus disparos: era prácticamente imposible acertarle a la distancia a la que se encontraba.

Todo parecía conseguido. Un par de metros más y Fett podría escapar definitivamente de aquel infernal lugar. Aunque tampoco sabía dónde se encontraba ni qué predominaba en los alrededores: ¿selva, quizás?, ¿desierto? O peor aún, ¿estaría en una isla perdida en un interminable océano? El cazarrecompensas prefería no pensar en ello, especialmente en aquellos momentos, en los que tan sólo le quedaban apenas dos metros para pisar tierra firme.

Y llegó. Por fin llegó. Y vio que todo lo que había frente a él era una selva de lo más extraña. No sólo por las figuras de la vegetación sino por la gran variedad de colores existentes.

—Vaya, parece que falta otra prueba más… —mencionó Boba Fett mientras respiraba a más no poder a la vez que volvía a quitar el seguro de su arma.

Y es que delante de sus agotados ojos apareció una pequeña nave cuya insignia le resultaba demasiado familiar para su gusto: los Piratas del Fuego Estelar, o sea, sus secuestradores. Nada más aterrizar, se abrieron sus dos puertas laterales, de las que salieron más de una docena de nuevos enemigos a los que combatir. Y es que para Fett la rendición no era una opción. Podía huir, eso sí, pero jamás rendirse. Su padre nunca lo

hizo. Él no quería ser menos. Aunque ello le costara nada más y nada menos que la vida. Así que se armó de valor, recuperó el aliento en un tiempo realmente ridículo en función del esfuerzo realizado y se dispuso a efectuar el primero de sus disparos.

Pero no fue necesario: una terrible explosión, tan potente que casi le tira al foso que tenía a sus espaldas, hizo añicos al vehículo y pedazos a su tripulación.

—¿Será hoy mi día de suerte? —susurró mientras se levantaba del suelo—. No lo creo —se respondió a sí mismo cuando vio que el causante del estallido no había sido otro que un rebelde a bordo de un Ala-X. Un «descendiente» de los Jedi, por así decirlo, le había salvado la vida.

Aquello no le había hecho ninguna gracia. Pero sabía que existían muy pocas probabilidades de que hubiera sobrevivido y de que sobreviviera en la selva, dadas las condiciones en las que se encontraba. Así que, al final, prefirió aprovecharse de la situación y pidió auxilio. El mismo rebelde que le salvó aterrizó entonces cerca del lugar con el objetivo de recogerle. Pero sucedió justo lo contrario: fue Fett quien le cogió a hombros una vez le hubo disparado unas cuantas veces.

Ahora sí que podía huir y salvarse de una vez por todas. Tenía una nave para escapar del planeta y recorrer media galaxia, si así lo deseaba, puesto que sabía que los Ala-X disponían de hiperpropulsión.

—Rojo 7, ¿adónde se supone que vas? —preguntaba el líder de aquella operación rebelde de rescate.

—A ti te lo voy a decir…

ESTOY PREPARADO PARA AFRONTAR LAS PRUEBAS

—Eso lo decidiré yo, mi jovencísimo aprendiz. —Le advertía Obi-Wan a Anakin, que, tan ansiosamente como siempre, se veía preparado para pasar a ser todo un Caballero Jedi, cuando apenas llevaba dos años desde que comenzara a adiestrarse.

—Se supone que soy el Elegido, ¡debería estar preparado mucho antes que ningún otro Jedi!

—Eso de que eres el Elegido ha de demostrarse aún, Anakin, así que, de momento, deberás continuar con el aprendizaje hasta que yo vea que estás lo suficientemente preparado. No me gustaría en absoluto presentarte para las pruebas sin que poseas el dominio necesario de la Fuerza. Mi reputación quedaría gravemente dañada si no superaras las pruebas en el primer intento.

—¡Pero siento que puedo lograrlo, Maestro! Lo siento con todo mi corazón desde hace varias semanas. —Insistía Anakin con intensidad.

—¡Tú lo único que sientes es añoranza! No aguantas más tiempo sin ver a tu madre. —El niño bajó la mirada: su Maestro le había descubierto las intenciones—. ¿Qué te creías, que no lo había sentido? Pues así es, mi joven padawan. Como bien has dicho, hace varias semanas que sientes algo, pero en ningún caso ese algo tiene relación con tu preparación Jedi. En realidad, tus sentimientos te confunden. Lo que has sentido es un cambio en la vida de tu madre. —El aprendiz no fue capaz de admitir su engaño—. Vamos, Anakin, debes superarlo. No podrás convertirte en nada si no dejas a un lado tus sentimientos. Sé que es difícil. Realmente difícil. Pero no te queda otro remedio si quieres proseguir el camino que has elegido.

—Lo sé, Maestro. —Anakin no pudo evitar soltar alguna que otra lágrima—. He de ser más fuerte. Sé que puedo hacerlo. Pero me cuesta, más aún cuando sueño con ello. Es entonces cuando veo a mi madre sufrir. Y eso es lo que verdaderamente no aguanto. Se convierte en una pesadilla demasiado real. Es más, pienso que será real con el tiempo. Creo que es una visión del futuro.

—Es lo más probable. —Afirmaba Obi-Wan—. Si hubiera ocurrido, lo hubieras sentido con mayor intensidad aún que ese cambio que se ha producido en la vida de tu madre.

—El problema está, también, en que no sé en qué ha consistido ese cambio. Si ha mejorado su vida o no. Si la ha resultado positivo… o negativo.

—No pienses más en ello, Anakin. Ha tenido que ser positivo, pues, de lo contrario, lo hubieras sentido de otra manera más dolorosa. Ahora lo único que sientes es, más que otra cosa, curiosidad, dudas, pero no dolor.

—Tienes razón, Maestro. Esa es la sensación que tengo. Debe ser similar a la que tiene mi madre acerca de tal cambio. Hasta que se acostumbre a él, no sabré si la ha ido bien o mal.

—Eso es, mi joven aprendiz. Debes tener paciencia y esperar. Hasta entonces, olvídalo. Trata de concentrarte en los ejercicios que te planteo, pues no dentro de mucho comenzaremos a realizar expediciones a otros planetas para enseñarte todo lo referente a la Fuerza viva, uno de los temas más importantes del adiestramiento.

—Sí, Maestro. Eso haré… —dijo Anakin sin demasiada convicción. Obi-Wan notó enseguida que el asunto todavía no estaba resuelto del todo.

—¿Estás bien, Anakin? Te noto dubitativo aún.

—Es que…

—Dime. Vamos, no pasa nada. —Obi-Wan trató de calmar al muchacho, pues parecía que empezaba a llorar de nuevo.

—¿No podríamos…? —las lágrimas le interrumpieron.

—¿El qué, Anakin? ¿No podríamos hacer qué? —a Anakin le costaba seguir hablando, lleno de tristeza.

—¿No podríamos ir a Tatooine, aunque sólo fuera para estar un par de días? Así vería cómo está mi madre después de todo este tiempo.

—Ni hablar, mi jovencísimo aprendiz. Eso sólo empeoraría las cosas. Sobre todo si, como dices, la encontramos sufriendo o el cambio ese no ha sido beneficioso para ella.

—Pero…

—No, Anakin, déjalo ya. Debes confiar en mi criterio, como Maestro tuyo que soy.

—Sí, Maestro, lo siento.

—Eso está mejor. Olvídalo. Si tanto deseas convertirte en un gran Jedi, debes concentrarte al máximo en la preparación. Si continúas en este plan, puedes irte por el camino equivocado más rápidamente de lo que te puedas imaginar.

—Sí, Maestro, no volverá a ocurrir.

Entretanto, en Tatooine, un granjero llamado Cliegg Lars se dispone a comprar el amor…

SIEMPRE RÍTMICA, SIEMPRE LENTA, SIEMPRE ATERRADORA

Estoy realmente obsesionado. Nunca antes me había pasado una cosa así. He tenido siempre la conciencia tranquila, a pesar del duro entrenamiento al que fui sometido en la Academia Imperial. Pero, ahora, tras más de una década al servicio del Imperio, no puedo más. Una obsesión me tiene… no sé… aterrorizado todo el día, nervioso, me hace incapaz de concentrarse en mis tareas rutinarias. Incluso no me deja dormir, y eso que yo siempre he tenido fama de dormilón: incluso en trincheras he llegado a echar mis siestas. Pero esto es superior a mí. Se ha convertido en la peor de mis fobias. Bueno, en realidad, no tengo ninguna otra. Bueno, sí: tengo cierto temor a los bubos, pero si estoy armado con un buen bláster, supero ese miedo sin problemas. Pero la obsesión que tengo ahora no la consigo reducir ni aunque tuviera todo un ejército de mi lado para ayudarme a contrarrestarla.

Se trata de la respiración de Lord Vader. Me tiene… ¡¡me está volviendo loco!! Lleva ya una semana a bordo de mi destructor estelar, el Aniquilador, y, ciertamente, ¡¡no me veo capaz de aguantar mucho más tantísima presión, como la que ejerce mi líder!! Además, cualquier error puede ser fatal: he oído ya decenas de rumores sobre la manera de castigar que tiene Vader. ¡¡Prefiero ni pensarlo!! ¿Cómo es posible que acabe con la vida de una persona con tan sólo hacer un gesto con el brazo y pensar en ello? ¡¡Ni en la peor de mis pesadillas he soñado algo así!!

Y encima, cada vez que me ordena algo, ¡¡tengo que estar oyendo su mecánica respiración!! Siempre rítmica, siempre lenta, ¡¡siempre aterradora!! Se me ha quedado guardada en la memoria. Ya la oigo aunque no esté Lord Vader a mi lado dando órdenes y más órdenes. Cuando estoy comiendo, trato de pensar que es la máquina de hacer café. Cuando estoy mandando a mis oficiales, trato de pensar que es el radar. Cuando estoy soñando, ¡¡trato de despertarme antes de que mi Lord me asfixie!!

Siempre tengo la misma pesadilla. Una y otra vez. Me veo en el puente mando, tan tranquilamente como estaba antes de su llegada. Ordenando esto y aquello a mi tripulación. Pero entonces aparece Vader. Oigo el ruido que producen sus botas al caminar. Se va acercando. La respiración se oye cada vez con más intensidad. Siempre rítmica, siempre lenta, siempre aterradora. Se aproxima más y más. Llega un momento en que parece que tengo su casco junto a mis oídos. A partir de entonces no consigo oír nada: tan sólo su respiración. Ni siquiera puedo escuchar sus órdenes. Me está mandando nuevas tareas. Sé que me habla, pero no oigo lo que me dice. Enseguida me empiezan a doler los oídos. La respiración se oye más y más fuerte. Le pido que se aparte un poco de mí, que su respiración no me deja escucharle. Pero, como no oigo nada de nada, no sé si he llegado a pronunciar las palabras. Es entonces cuando se le agota la paciencia al ver que no hago nada por cumplir sus órdenes. Comienza a levantar su brazo derecho hasta media altura y mueve los dedos lentamente hacia la palma de sus guantes. El aire deja de entrar en mis pulmones, por más que intento respirar. Prácticamente asfixiado, caigo al

suelo de rodillas e intento sobrevivir por última vez. Pero muero. Siempre muero. Es la misma pesadilla todos los días desde que mi Lord abordara mi nave.

Me dicen que se irá pronto, quizás un par de días más. Pero nunca se sabe a ciencia cierta cuándo nos dejará tranquilos. Por eso pienso que lo dicen mis compañeros para levantarme el ánimo, para que aguante un poco más. Pero no me veo capaz. En todo momento, no dejo de oír su respiración. Ya no distingo cuál es la verdadera y cuál es la que produce mi dañada mente. A todas horas. En todas partes. Haga lo que haga.

Así que he tomado una decisión: voy a intentar huir. Sí, lo tengo claro. Esta misma noche me dirigiré a la zona de las cápsulas de salvamento. Haré como si estuviera efectuando una revisión imprevista, para que no sospechen mis guardias. En un momento en el que no haya nadie, me meteré en una de ellas y me iré todo lo más lejos que pueda. He pensado en varios planetas a los que ir. Planetas en los que no hay presencia imperial, al menos todavía. Tatooine, Dagobah, Bespin… Ya veré. Dependiendo de cuánta energía disponga la cápsula. Ahora mismo no me acuerdo de cuánta distancia eran capaces de recorrer.

Bueno, por no acordarme… ahora que lo pienso… no puede ser… ¡ni siquiera me acuerdo de dónde está la zona de las cápsulas! ¡Es increíble! Estoy tan obsesionado con esa diabólica respiración que he perdido casi todos mis conocimientos sobre mi propia nave. ¿Dónde estaba la sala de máquinas? ¿Y la de los cazas TIE? ¡¡No puede ser cierto!! ¿Cómo llego yo ahora al puente de mando? Creo que no estaba lejos de mi despacho en el que ahora estoy. ¡¡Pero no logro acordarme!! ¡¡Lo único que veo en mi mente es el sonido de la respiración de Vader!! Siempre rítmica, siempre lenta, siempre aterradora.

—Almirante, preséntese en el puente de mando inmediatamente. —¿Me ha llamado por los altavoces o también ha sido producto de mi destrozada imaginación? ¡¡No sé distinguirlo!!— ¡¡Almirante, he dicho inmediatamente!!

¡¡Pues es verdad!! Lo sé por un indicador luminoso de mi mesa. Me está llamando. ¡¡¿Pero cómo puedo ir hasta allí, si no me acuerdo de nada?!! No sé qué hacer. ¿Intento huir o intento ir hacia allí? Es más fácil lo segundo: pregunto a un guardia y listo. Pero, claro, ¿y si Vader me manda algo de lo que no me acuerdo? No… eso sí que no… ¡¡No permitiré que me pase lo que siempre sueño!! Ni hablar… he de hacer algo… pero no caeré en su trampa invisible… de eso nada.

—¡¡Almirante, último aviso!! ¡¡Su tardanza me está agotando la paciencia!!

—Aquí estoy, maldito robot.

—¡¡Pero, ¿cómo se atreve?!! ¡¡¿Ha perdido el juicio, almirante?!!

—Pues sí, así es. —El oficial desenfundó su bláster, apuntó a su propia cabeza y apretó el gatillo.

EL SACRIFICIO DE LOS LARS

—Es aquí.— afirmaba el líder del pequeño grupo de soldados imperiales destinados a las Tierras de Jund. —Cubrid todas las salidas. Quiero interrogar a todos los ocupantes de esa granja, droides incluidos.

—Sí, señor. —El cuarteto no tardó en desmontarse de sus dewbacks y movilizarse para cumplir la orden. En apenas un minuto, el lugar estaba completamente asediado. Además, se tomó tanta cautela que ninguno de los residentes detectó su presencia hasta que se procedió a la interrogación.

—¿Es usted Owen Lars? —preguntó el líder imperial ante el sorprendido granjero, que se encontraba sentado en la cuarto comedor.

—Eeeeh… Así es. ¿A-algún problema? —a Owen le ponían muy nervioso las inesperadas visitas imperiales.

—Sí. Creemos que aquí se esconden dos droides fugitivos de alto interés para el Imperio que escaparon de un abordaje hace poco más de un día. Tal es su valor que se ofrece una cuantiosa recompensa para aquel que nos indique sus paraderos.

Owen comprendió entonces que lo que le había dicho Luke acerca del nuevo droide astromecánico era cierto: era propiedad de Kenobi, que debía estar, de nuevo, luchando contra el Imperio para tratar de reinstaurar la perdida República. Una misión, desde su punto de vista, totalmente imposible de cumplir, de ahí que le considerara un loco, junto a todos los integrantes de la llamada Rebelión.

Sin embargo, en el fondo, Owen, aunque jamás lo admitiría con tal de no poner en riesgo su vida ni la de su querida Beru, deseaba de todo corazón que la República y todo lo que ella conlleva (paz, libertad, justicia…) volviera, y lo hiciera por mucho tiempo.

—¿Qué es lo que ocurre, querido? —apareció Beru en ese preciso momento—. Hay soldados imperiales rodeando nuestra casa.

—No pasa nada, Beru. Están buscando a unos droides, pero me temo que no les podemos ayudar. ¿No es cierto? —Beru detectó enseguida lo que le quería decir Owen con aquella cuestión: le estaba proponiendo oponerse a colaborar con los imperiales.

La mujer se dio cuenta también de que aquellos droides tenían un incalculable valor para los opositores del Imperio. Si no, no serían buscados con tanto afán, hasta tal punto de rastrear las extensas Tierras de Jund.

Tras pensar un instante, tomó la misma decisión que su marido: por primera vez en sus vidas, se iban a oponer al Imperio. Algo les decía que debían hacerlo.

—Pues sí, Owen, así es. Lo siento, soldado, pero tendrá que continuar su búsqueda.

—No estoy convencido de ello, señora. —El capitán había notado que no le estaban diciendo la verdad—. Su afirmación no coincide con los datos que nos proporcionaron unos jawas. Nos aseguraron que hace menos de un día realizaron 2 ventas a esta propiedad.

—¿Y confía más en unos rateros jawas que en unos honrados granjeros? Esas criaturas no saben hacer otra cosa que mentir. —Justificaba Owen.

—Dudo que se arriesgaran a hacer tal cosa: su vida dependía de ello. Después de la demostración que les hicimos, los pocos supervivientes que interrogamos estaban más que dispuestos a colaborar. Como deberían hacer ustedes, si quieren conservar la vida. Ya saben que cualquier acción que se oponga a los objetivos del Imperio, está penalizada con la muerte.

—Les estamos diciendo la verdad, lo juramos. Aquí no han venido los jawas desde hace más de dos semanas. —Owen trató de parecer sincero.

—Muy bien. Les voy a creer… a medias. ¡Soldados, registrar cada rincón de esta pocilga! ¡Avisadme de cualquier indicio de que aquí haya habido droides! —gritó a sus súbditos—. Les advierto: aún están a tiempo de confesar la verdad. Si nos indican el paradero de los droides, no les pasará nada y recibirán una jugosa recompensa. Si no, preparaos para dejar este mundo si encontramos la más mínima prueba de que aquí haya habido droides.

—¡Esto es una granja de humedad! ¡Por supuesto que tenemos droides, pero ninguno nuevo! —Owen, enfurecido ante la amenaza del soldado, se puso en pie—. Todos los que aquí encontraréis llevan funcionando a nuestro servicio desde hace más de media estación.

—¡No se atreva a levantarme la voz, señor! El precio de tal ofensa es demasiado alto para usted.

Minutos después…

—¡Señor, he encontrado algo! —gritó uno de los soldados. Su líder se aproximó al lugar, que no era otro que el taller de Luke—. Es una clavija de contención, señor. Ya sabe, el dispositivo que se usa para que los droides sean obedientes. Y aún hay más: hay pruebas de que se ha realizado un baño de aceite lubricante.

—Buen trabajo, soldado. ¿Ha encontrado alguno de sus compañeros a algún droide?

—Sí, varios. Hemos revisado todos, pero ninguno guarda los planos robados. Además, ninguno presenta muestras de que haya sido lavado o limpiado desde hace tiempo.

—Lo sabía. Sabía que esos granjeros mentían. Deben haber enviado los droides a alguna base secreta rebelde, seguro. Ya sabe cuál es el procedimiento ante este tipo de situaciones, ¿verdad?

—Sí, señor.

El eficiente soldado llamó a los demás. Una vez que todos estaban reunidos, incluido el líder, salieron de la granja sin que ni Owen ni Beru lo supieran y, desde fuera, lanzaron un detonador thermal.

Seis segundos después, la granja ardió tras la potente explosión. Los Lars, envueltos en llamas, trataron de salir, pero no les sirvió de nada. Lo que sí sirvió fue su sacrificio, su valentía a oponerse al Imperio, gracias a lo cual las tropas de asalto no supieron el paradero de los droides hasta que ya era demasiado tarde como para atraparles…

COINCIDENCIAS

Hay que ver. Es increíble. Realmente increíble. Tanto, que dudo que crean lo que están a punto de leer. Estén atentos a lo que os voy a contar, pues os parecerá un relato de ciencia-ficción más que una narración basada en hechos reales, como es el caso. En serio: no lo van a creer.

Todo comenzó un día cualquiera: soleado y caluroso, como era habitual en Tatooine. Lo sé no porque viva allí, sino porque suelo ir de vez en cuando a comerciar. Soy mercader y todo mi negocio, como sabrán, consiste en llevar una gran variedad de artículos de un planeta a otro, en función de la demanda. Como en esta ocasión, en la que me había informado de que en este desértico planeta se pedía a gritos una inmensa cantidad de agua, lo cual no parece raro a priori. Sin embargo, sí que lo era: todo habitante disponía de su propio vaporizador de agua, con el que se abastecían sin ningún problema. Incluso había un gran número de granjeros de humedad, que tenían un mayor número de estos aparatos, y muchos se dedicaban a vender el imprescindible líquido.

Por lo tanto, supuse que se trataba de un problema de gran escala, una especie de sequía o alguna otra catástrofe natural. El caso es que *coincidió* que me encontraba cerca de esa zona del Borde Exterior, así como, además, en el planeta en el que me encontraba pude obtener todo el agua que podía meter en mi carguero. Todo estaba a mi favor para conseguir, quizás, el mayor beneficio del año.

Una vez llené los compartimentos de mi nave a más no poder, partí lo más velozmente que pude hacia el planeta para evitar al mayor número posible de competidores. No dudé en dirigirme a la ciudad más poblada, la que normalmente visitaba: Mos Eisley. Allí es donde, preveía, iba a obtener mayores ventas.

Pero cuál fue mi sorpresa al ver que la situación de la urbe era completamente normal. Nadie parecía estar sediento, ni mucho menos. Todos andaban, compraban, hablaban… No había ningún indicio de que hubiera problema alguno. En caso de haberlo, tenía que ser mío. Me debí informar mal. Quizá entendí mal el nombre del planeta. Pensé que me había equivocado con Dantooine. Pero nada de eso. Un rifle bláster apuntándome a la cabeza me indicó que el problema era de otra clase.

Se trataba de Doromerk, mi peor rival desde que le robara un importantísimo cliente en un mercado de Bakura. Vendíamos la misma mercancía, pero fui lo suficientemente habilidoso como para hacerme con el valioso cliente, que me reportó una pequeña fortuna. Desde entonces, me echó el mal de ojo y siempre que nos encontrábamos, algo más habitual de lo que se pueda pensar, me hacía todo tipo de jugarretas para quitarme del negocio. Esta era otra de ellas, pero había tomado un tinte un tanto exagerado viniendo de un mercader. Quitarme la vida por aquella venta era totalmente patético a la vez que brutal.

Y entonces disparó. Menos mal que lo hizo contra el suelo mientras caía derribado por el fogonazo de mi buen amigo Lokk. *Coincidió* que pasaba por allí. También *coincidió* que se fijara en la nave que se disponía a aterrizar. Y, por si fuera poco,

coincidió, además, que iba armado con una pistola bláster por primera vez, según creo. Yo nunca le había visto armado, así que, tras agradecerle debidamente la oportuna intervención, le pregunté por qué llevaba un arma. Su respuesta me sorprendió casi tanto como la salvación: me llevaba capturado ante un gremio de mercaderes que me buscaban, vivo o muerto, por no pertenecer a su grupo. Un grupo que rechacé por los impuestos que exigía a cambio de seguridad, cosa que a mí no me hacía falta para nada… salvo para protegerme de los propios integrantes del gremio. Así que se podían considerar una mafia que ahora me habían puesto un precio, tanto vivo como muerto. Como sin vida valía menos la recompensa, el traidor de Lokk mató a mi rival para cobrar más.

Poco más tarde, llegué junto a él al bar en el que estaban reunidos los mafiosos. Me apuntaba todo el tiempo, así que ni siquiera pensé en intentar la fuga. El cuarteto de mercaderes esperaba con impaciencia mi llegada tras el falso aviso de necesidad de agua en Tatooine que me habían enviado. Pero, entonces, cuando ya sacaban la bolsa de dinero para pagar a Lokk, un grupo de maleantes efectuaron un robo al establecimiento y a todos sus clientes. Menuda *coincidencia*, ¿verdad? Así que los ladrones se llevaron un botín de enormes dimensiones: al contenido de la caja registradora había que añadir no sólo el dinero que cada individuo llevaba encima sino la cuantiosa recompensa por mi captura. Me fijé en la cara de Lokk cuando le arrebatan la bolsa de las manos: me alegró a pesar del fatídico momento que estaba viviendo.

Una vez los delincuentes abandonaron el local, pegué una veloz patada a la mesa en la que se hallaban los mercaderes, lanzándoles encima todos los vasos, botellas y bebidas que sobre ella había. Después, también con suma rapidez, asesté un fuerte codazo a la cara de Lokk, que cayó al suelo bastante aturdido. Toda aquella distracción resultó más que suficiente para que me diera tiempo a salir del bar sin recibir ningún disparo por la espalda.

Fuera, *coincidió* que en ese preciso momento, ni un segundo antes ni un segundo después, un conductor de swoop se encontraba a punto de parar el funcionamiento de su vehículo para dejarle aparcado. No dudé entonces en empujarle y robarle su moto deslizadora. Aceleré y dejé la calle poco antes de que los mercaderes salieran del bar, con lo que no pudieron ver hacia dónde me dirigí… pero sí hacerse una idea a partir de las especificaciones del propietario del vehículo, que, enfurecido y sediento de venganza, se unió al grupo.

El problema estaba ahora en que no tenía mucha idea de manejar un transporte tan veloz como aquel. Es más, nunca lo había hecho. Mi especialidad estaba en conducir vehículos de gran tonelaje y dimensiones destinados al transporte de mercancías. No obstante, no era muy difícil, así que en seguida me encontré en las proximidades a la bahía en la que tenía aparcado mi carguero.

Pero, de nuevo por culpa de una *coincidencia*, un accidente me impidió llegar a mi destino. Se trataba de un dewback que se cruzó de manera repentina en mi trayectoria. Fui incapaz de esquivarlo. Se había desbocado por alguna razón y su dueña no pudo detenerle en su avance. Como para lograrlo, teniendo en cuenta el peso del animal.

Afortunadamente, la criatura no me pasó por encima: fui yo quien la sobrevoló tras estrellarse mi swoop contra su cuerpo. Más que una gran altura, recorrí una gran distancia, debido a la tremenda velocidad a la que iba, seguramente excesiva para un entorno urbano. Pero el miedo a que me alcanzaran mis violentos perseguidores, me hizo acelerar en demasía.

Cuando recobré el conocimiento, ya por la noche, me desperté tumbado en una cama. En seguida deduje que debía encontrarme en la casa de la mujer, dado que fue su animal quien provocó el accidente y tenía la obligación de atenderme. Hasta ahí, todo normal. Lo que me sorprendió es que me hubiera curado mis rasguños y heridas, y, además, sin despertarme.

Me levanté entonces para salir del cuarto, no sin esfuerzo, pues aún me encontraba un poco débil y con algo de dolor de cabeza. Pasé al salón comedor y allí estaba ella, que muy atentamente me preguntó por mi estado. Yo la aseguré que estaba plenamente recuperado y que debía irme, pero ella insistió en que me quedara a cenar con ella y su marido, que estaba a punto de llegar.

De nuevo sorprendido ante la amabilidad de la ciudadana, opté por aceptar la invitación. Minutos después, una vez la cena estaba servida y lista para ser ingerida, justo en el preciso momento en el que me disponía a tomar la primera cucharada, *coincidió* que entró por la puerta su marido, que, *coincidentemente*, era, ni más ni menos, que uno de los cuatro componentes del gremio de mercaderes. ¡Con lo grande que es Mos Eisley!

El hombre, nada más verme, se dirigió hacia mí con una cara de furia tan tremendamente infernal que hasta su esposa quedó impactada. Ni un devaroniano hubiera representado más fielmente al diablo. Se fue acercando a mí mientras se remangaba las mangas y se dispuso a efectuar su primer puñetazo. Yo no podía competir físicamente con un individuo de su corpulencia, así que hice uso de mi ingenio. El resultado fue satisfactorio: le lancé el plato de sopa que estaba a punto de tomar a la cara, distracción que, de nuevo, me permitió escapar. Especialmente por la alta temperatura a la que estaba el líquido…

Una vez más en las calles de Tatooine, comprobé por qué en Mos Eisley no había nunca gente paseando por la noche. Era totalmente cierto aquel dicho que decía que Tatooine por la noche era como Hoth por el día. Yo nunca había experimentado la noche en aquella ciudad, dado que me iba cuando finalizaba el mercado, a medio día. Y, por ello, ahora no tenía la ropa suficiente como para soportar aquel frío. Tuve que meterme en la famosa Cantina de Mos Eisley, donde siempre había tanta gente como por el día y donde se conservaba la misma temperatura, gracias al uso de reguladores térmicos.

Pedí una bebida y poco después pregunté al camarero la localización del hotel más cercano, al cual fui no mucho más tarde para pasar allí la noche, dado que no podía ir hasta mi nave con el frío que hacía. Además, me costaba orientarme, puesto que era la primera vez que estaba en Mos Eisley por la noche.

A la mañana siguiente, me levanté muy, muy temprano para evitar toparme de nuevo con el gremio de mercaderes. Pero otra vez una *coincidencia* hizo que el hotel que

abandonaba se encontraba en la calle donde se realizaba el mercado al que yo solía acudir. Como dije, y si no lo digo ahora, por la noche no me había orientado en absoluto.

Así que allí estaban todos los comerciantes colocando ya sus puestos… y saludándome otros. Evidentemente, me vi obligado a no hacerles caso, puesto que seguramente entre todos ellos habría un gran número de integrantes del gremio y, por tanto, tendrían conocimiento acerca de la recompensa que se ofrecía por mi captura. Pero jamás imaginé que fueran tantos: decenas de mercaderes comenzaron a correr tras de mí en cuanto me vieron. Pero yo creo que muchos corrían por correr, por intentar conseguir algo valioso, sin ni siquiera saber el qué, puesto que la distancia desde la que venían algunos impedía con toda seguridad un reconocimiento de mi persona.

Aquello parecía una maratón con tintes de rugby. Sí, rugby: a parte de correr, tenía que ir esquivando diversos vendedores que trataban de atraparme. Menos mal que estaba en forma y que había descansado muy bien, pues, si no, no lo hubiera logrado. Llegué a mi bahía sano y salvo, aunque con casi un centenar de perseguidores tras mis espaldas. Entré, cerré la puerta del hangar y me subí a mi carguero, radiante de felicidad por la hazaña conseguida. Mejor dicho, por las hazañas, que no hay que olvidar las del día anterior.

Increíble fue también lo que me ocurrió entonces: *coincidió* que, nada más alcanzar unos diez metros de altura durante el despegue vertical, una pequeña explosión hizo que mi vehículo cayera al lugar donde se encontraba estacionado segundos antes. Por si fuera poco, también *coincidió* que se trataba del motor de elevación por repulsión, el elemento fundamental de toda nave para poder volar en atmósferas planetarias. Así que, en otras palabras, ¡¡me era imposible despegar por un fallo técnico de mi carguero cuando me encontraba rodeado por más de un centenar de enemigos!! Era increíble. Sobre todo por el gran número de revisiones a las que sometía mi nave para evitar este tipo de molestas averías. Aunque en este caso, más que molesta, podría haber sido mortal.

Afortunadamente, *coincidió* además que con el tremendo golpe de la caída, se rompieron prácticamente todos los contenedores de agua que había traído para vender si el problema de su escasez no hubiera sido un engaño. Esta casualidad sí que me vino de maravilla, puesto que los mercaderes, al tratar de abrir la puerta trasera mediante explosivos, quedaron sepultados por una gran avalancha de agua que inundó toda la bahía. Aproveché esta distracción, por la cual todos estaban tirados por los suelos los unos encima de los otros, para huir del lugar pisando por encima de sus cuerpos. Alcancé la puerta, la abrí como pude entre agarrones y patadas, y salí junto a la riada de agua e individuos.

En esta nueva persecución, logré despistarles en poco tiempo, dada mi ventaja a la hora de empezar a correr: ni estaba mojado ni tenía que quitarme de encima a gente y más gente. *Coincidió* entonces que me topé con alguien que decía vender su nave. Se encontraba junto a la puerta de otra bahía de aterrizaje y estaba dispuesto a deshacerse de su vehículo por un precio más que razonable. Tal es así que, tras hablar con él, le pude dar el dinero en efectivo. Ahora sí que podía escapar de una vez por todas.

Pero, por enésima vez, las *coincidencias* hicieron de las suyas: precisamente esa venta era un timo, no una ganga, como solía ser habitual en Mos Eisley. Y digo esto porque soy mercader y lo sé: los timos están muy penalizados. Pero tenía que pasarme a mí. De todas las compras correctas que se hicieron aquel día, la única mala tenía que ser la que yo hice. ¡Hay que ver!

La nave ni siquiera arrancaba. No daba señales de vida. Era un carguero ligero, de menor tamaño que el mío, que, por fuera, parecía estar muy bien cuidado, pero lo que es por dentro… Aquello parecía más una chatarrería que una máquina.

Desanimado y con el miedo en el cuerpo, me arriesgué a salir del hangar en busca de un droide astromecánico que pudiera hacer un reconocimiento de la nave. Aún conservaba la esperanza de que no estuviera todo lo mal que aparentaba y me permitiera despegar tras unos pequeños arreglos, al menos hasta llegar al planeta más cercano. Como, milagrosamente, así fue.

Coincidió entonces que había una tienda de droides a pocos metros, con lo que reduje las posibilidades de que fuera visto por los comerciantes. También tuve la suerte de que *coincidiera* que había un droide astromecánico de oferta, con lo que pude adquirirle por un precio realmente bajo. Ya el colmo fue que *coincidiera* que me quedara el dinero justo tras haber gastado en el hotel y en la nave averiada.

Así que volví a la bahía con mi nuevo droide y le ordené que hiciera una revisión completa a mi transporte. Cuál fue mi sorprenda cuando, al cabo de una hora, me aseguró que ya estaba arreglada y en perfecto estado de funcionamiento… salvo por dispositivos no esenciales para el vuelo, como las comunicaciones o el soporte vital. Esto último casi me echa para atrás en la idea de abandonar el planeta a bordo de ese carguero, pues, en caso de que tuviera otra desagradable *coincidencia* durante el trayecto, podría perder la vida al no tener ningún sistema de salvamento… pero me arriesgué e inicié el proceso de despegue, que se realizó con éxito, afortunadamente. Lo mismo ocurrió con el viaje. Fin de la historia. ¿Increíblemente peculiar, verdad? ¿O peculiarmente increíble…?

Ahora queda en vuestras manos, queridos lectores, creer o no la veracidad de este relato, puesto que no tengo ninguna prueba de que lo aquí expuesto haya ocurrido: ha *coincidido* que justo hoy mismo he perdido la ruinosa nueva nave que compré, junto al droide astromecánico. Curiosamente hoy, un día que tenía reservado desde hace semanas para escribir estos recuerdos.

Bueno, ahora que lo pienso, sí que tengo una única prueba, aunque no demasiado válida: desde entonces, ya no soy mercader.